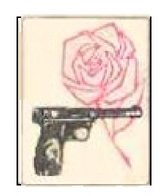


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Trompetas de muerte

En Física, hertzio o hercio (Hz. de H. R. Hertz, físico alemán) es la unidad de frecuencia del Sistema Internacional, que equivale a la frecuencia de un fenómeno cuyo período es un segundo. Éstos son los detalles técnicos de un arma novedosa que usando una buena dosis de imaginación es llamada «Trompetas de muerte».



Lou Carrigan

Trompetas de muerte

Brigitte en acción - 332

ePub r1.1
Titivillus 20.10.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Como es muy natural, una de las primeras personas en recibir cada mañana el periódico Morning News, era la señorita Montfort, habida cuenta de que era ni más ni menos que la directora de Sección Internacional, amadísima amiga del director general.

Aunque no es exacto decir que lo recibía «cada mañana», ya que la señorita Montfort, con muchísima frecuencia, no se encontraba en su apartamento del Crystal Building, en la neoyorquina Quinta Avenida, sino recorriendo el mundo bajo su doble personalidad secreta de «Baby», la agente N. Y. 7117 de la CIA, dedicada a poner un poco de orden en el planeta Tierra, atribulado cada día más por las ambiciones y las maldades de algunos personajes. Personajes a los que la temida agente Baby daba el debido escarmiento.

Sin embargo, aquella mañana de finales de verano, la señorita Montfort se hallaba en casa cuando el viejo y querido Pete, portero del edificio, le subió, puntualmente, su ejemplar del Morning News. Y, como convenía estar al corriente de las cosas que pasan en este mundo, la señorita Montfort, tomando el desayuno y fumando posteriormente un cigarrillo, se dedicó a leerlo.

Bellísima con su *deshabillée*, sin maquillaje alguno en su hermoso rostro provisto de los más grandiosos ojos azules que pudieran buscarse, la señorita Montfort fue pasando páginas sosegadamente, sin alterarse. Conocía la gente y la vida, había pocas cosas ya que pudieran alterarla. Una guerra por aquí, una revolución armada por allá, los precios de los crudos a punto de subir de nuevo por acullá, elecciones en tal sitio, un derrocamiento en tal otro…

Cosas de la vida.

De la vida que a ella no le gustaba, claro. Con frecuencia había pensado en pedirle a Miky Grogan, el director del Morning News, que le permitiera insertar una Sección que se titularía, más o menos, «Cosas Felices». Por ejemplo: un soldado encuentra una

mariposa herida y se dedica a cuidarla. O bien: el Presidente Tal dimite para evitar una guerra civil en su país. O esto otro: el país X ha desmantelado todo su aparato bélico, ha desmovilizado sus tropas, y ha dedicado todo su presupuesto de la guerra a sembrar árboles y flores: O también esto: sabios biólogos del mundo entero están dedicando sus esfuerzos, apoyados por sus gobiernos, a proteger la fauna marina…

Ilusiones. Sueños. Fantasías. Utopías.

Casi nunca había noticias de este cariz. Además, probablemente, los periódicos no se venderían tanto si sólo contuvieran esta clase de noticias. Pero una guerra… ¡Ah, una guerra sí que era importante!

En fin…

En una de las páginas finales de su periódico, Brigitte Montfort encontró una noticia que le llamó la atención, de un modo, intuitivo. Sí, fue simple intuición. Se podía esperar que, dado su cargo de directora de la Sección Internacional, Brigitte dedicara su máxima atención a las noticias no sólo internacionales, sino de envergadura.

Pero, la noticia que llamó la atención de Brigitte no era internacional, ni siquiera de importancia nacional, sino local. Había ocurrido en la propia ciudad de Nueva York, y era, en definitiva, una referencia a un atraco a un banco que, al parecer, había ocurrido hacía algunos días, seguramente mientras ella estaba sometida al más extraordinario lavado de cerebro que pudiera pensarse[1].

La noticia decía así:

New York, Agosto, 28.— A este comentarista le agradaría poder informar a los lectores sobre alguna novedad respecto al atraco al York Manhattan Bank perpetrado la mañana pasada pon cuatro individuos extrañamente equipados; atraco que costó al York Manhattan la nada despreciable cantidad de un millón ochocientos mil dólares; atraco que, evidentemente, estuvo muy bien planeado. Tan bien, que nuestra Policía continúa sin encontrar pista alguna contra los cuatro individuos en cuestión. Y

esta ineficacia de nuestra Policía, es la que impide al comentarista aportar nuevos datos.

Como se recordará, no hubo víctima alguna en el atraco. Tanto los empleados del banco como los clientes que en aquel momento se encontraban en él, salieron indemnes pese a que se asegura que todos los atracadores iban provistos de grandes pistolas. No se disparó un solo tiro. Pero, y esto es lo más enigmático todavía del asunto, bajo los efectos de aquella extraordinaria anormalidad que los dejó absolutamente inermes, sufrieron calambres en todo el cuerpo, vómitos, mareos, intenso dolor de cabeza, Entre náuseas, dolores, y como en una pesadilla en colores, presenciaron el limpio, rápido y productivo atraco. Esto fue el viernes, 24. Hoy, seguimos sin tener pista alguna, pese al interés puesto por todos los profesionales de esta clase de noticias. Es de esperar que, en breve, nuestra activa Policía podrá facilitarnos informes dignos del interés de nuestros lectores. *Éste es un miniartículo de MATTHEWS NOLAN*.

Durante un par de minutos, mientras terminaba el segundo cigarrillo de la mañana, Brigitte estuvo con la mirada perdida hacia el gran ventanal que daba a la terraza de su apartamento, sobre la Quinta Avenida y frente a Central Park. Por fin, tras apagar la punta del cigarrillo en el cenicero, descolgó el auricular del teléfono de mesita, y marcó un número.

—¿…?

—Hola, Matt, buenos días… Me alegra encontrarte en casa.

—¡…!

—Claro que soy yo —rió Brigitte—. ¿Por qué te sorprende tanto?

—¡…!

—Bueno, ¿y por qué tendría que haberte llamado antes a tu

apartamento, si nos vemos con frecuencia en el Morning?

—¡…!

—Tienes razón —admitió la divina—: si te llamo hoy, bien podría haberte llamado antes alguna otra vez… ¿Qué?

—¿…?

—No, no se trata de eso —volvió a reír Brigitte—: todavía no me he enamorado de ti. Oye, Matt, acabo de leer tu… miniartículo sobre el atraco al York Manhattan Bank, y me ha picado la curiosidad, de modo que me gustaría saber más cosas sobre eso.

—…

—Sí, hombre, ya sé que habrás ido publicando noticias al respecto en el Morning, pero no tengo ni idea de dónde pueden estar los ejemplares de los días pasados, y no me seduce la idea de ir ahora al archivo. ¿Te va mal dedicarme unos minutos?

—…

—No, no… ¡Me bastarán unos minutos! Vamos, Matt, no seas pesado, estoy hablando en serio.

—…

—Así me gusta. Veamos, dices que el atraco lo perpetraron cuatro individuos extrañamente equipados… ¿Qué quiere decir eso de «extrañamente equipados»?

—…

—¿De veras? Qué curioso… Pero sigue, sigue, no quiero interrumpirte. Dime todo lo que has escrito hasta ahora, todo lo que sepas.

Al otro lado de la línea, el colega y compañero de Brigitte Montfort, Matthews Nolan estuvo explicando todo cuanto sabía del caso hasta aquel mismo momento. Brigitte, como era norma en ella, no interrumpió, no hizo perder el hilo de la explicación a su interlocutor. Sólo lo interrumpió cuando éste llegó a la temática de irritación contra la Policía, es decir, hasta el artículo que ella acababa de leer.

—En verdad es extraño todo eso, Matt… Pero dime una cosa: ¿no se te ha ocurrido hacer averiguaciones tú mismo?

—¡…!

—Bueno, quizá tengas razón: si la Policía no consigue nada, ¿qué podemos conseguir los periodistas? Gracias, Matt. Ya nos veremos.

—¿…?

—Nada de en «tu apartamento» —rió de nuevo Brigitte—. Nos veremos en el Morning. Adiós, Matt. Gracias de nuevo.

Colgó, alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos, la retiró vivamente. Eran apenas las nueve de la mañana, y ya había fumado dos. Suficiente, por ahora.

En verdad curioso: según las declaraciones de los empleados del banco y los clientes que estaban allí durante el atraco, los cuatro sujetos vestían algo así como unos «monos» que bien podían ser de amianto, o algo parecido; quizá de cierto material metálico… Unos «monos» que cubrían incluso sus cabezas, sin dejar abertura alguna, siquiera para la respiración. Como personas metidas en un saco… Para poder ver, los «monos» en cuestión llevaban en la zona de los ojos unos cristales redondos, grandes. Algunos periodistas habían bromeado sobre la posibilidad de que, pese a empuñar pistolas decididamente terráqueas, los atracadores fuesen extraterrestres… Cuando menos, cosmonautas.

Pero, dejando aparte las bromas, cuatro hombres se habían llevado casi dos millones de dólares… tras dominar a numerosas personas dejándolas inermes en el suelo, casi desvanecidas, aquejadas de náuseas, calambres, vómitos… ¿Qué podía producir esto? ¿Un gas? Y si era así… ¿se podía admitir que unos simples atracadores dispusieran de semejante «armamento»?

Cuando la señorita Montfort, tras meditar todavía unos minutos, miró su hermoso reloj de pared ubicado en un lado del salón, eran las nueve y siete minutos.

* * *

Eran poco más de las diez y media de la mañana cuando el director del York Manhattan Bank, el señor Randolph Ambler, recibió en su despacho a la persona que le había anunciado uno de los empleados: la señorita Lili Connors.

Al verla entrar, el señor Ambler se puso en pie como impulsado por un mecanismo automático, pasmado, maravillado. Era la muchacha rubia más hermosa que había visto jamás, con un cuerpo espléndido, increíble, y unos ojazos verdes absolutamente sensacionales. Y tan sobriamente elegante que Randolph Ambler

supo enseguida que se encontraba frente a una persona de auténtica calidad.

—¿Señor Ambler?

Éste reaccionó. La señorita Connors estaba ya ante él, le miraba sonriente, tendiéndole la mano.

—Sí… Sí, en efecto, sí.

—Gracias por recibirme. —Ambler notó el fresco contacto de una manita que le pareció insólitamente fuerte—. Espero no hacerle perder demasiado tiempo.

—No, no… ¡No se preocupe! Por favor, siéntese.

La señorita Connors agradeció la invitación con una sonrisa, y se sentó en una butaca. Ambler lo hizo en la suya, tras la mesa. Se arrepintió de no haber salido al encuentro de la señorita Connors pues si lo hubiera hecho, ahora podría haberse sentado en un lugar desde el que poder contemplar sus piernas, que debían de ser sensacionales. Mala suerte.

—Mmm… ¿Un cigarrillo? —ofreció Ambler.

—No, gracias. No quiero fumar más esta mañana.

—Hace usted bien. ¿Le importa que fume yo?

—¡Claro que no! —rió la visitante.

Randolph Ambler encendió un cigarrillo. Comenzaba a sentirse cómodo, muy a gusto. Había empezado mal el día, porque todo eran complicaciones siempre, pero se habían agravado desde lo del atraco… ¿Una periodista?, pensó, tomándose tiempo para escrutar a la señorita Connors. No, no. Los periodistas llegaban con otro aire, con otro estilo. Sin embargo, el empleado había dicho que la cuestión a tratar por la señorita Connors era tan importante que debía hacerlo con él, con el director. ¿Quizás una nueva cuentacorrentista que pretendía condiciones especiales para su cuenta y su dinero…? No.

¿Un préstamo? ¡Desde luego que no! ¿Entonces…?

—Es sobre el atraco, lo siento —sonrió Lili Connors.

—¿Eh…? ¿Qué?

—Mucho me temo, señor Ambler que soy una de las muchas personas que le están incomodando estos días por cuestiones relativas al atraco de que fue objeto esta sucursal del York Manhattan la semana pasada. De veras lo siento, pero es importante.

—Bueno, qué le vamos a hacer… ¿Es usted periodista? Porque si lo es, le aseguro que ya he dicho a la prensa todo lo que…

—Trabajo para la Cruz Roja, señor Ambler.

Randolph Ambler quedó estupefacto.

—¿Para la Cruz Roja? —exclamó.

—La Cruz Roja Internacional, exactamente.

—Aaaah… ¡Caramba, no comprendo!

—Se lo explicaré con mucho gusto. Al parecer, todas las personas que estaban en este banco durante el atraco sufrieron… extrañas molestias: vómitos, calambres, dolores…

—Sí… Sí, así es. Fue horrible.

—Horrible —la señorita Connors asintió—… Entiendo que usted también fue afectado, señor Ambler.

—Oh, sí, naturalmente. ¡Horrible, de veras!

—Sí. Veamos… ¿Qué sintió usted exactamente?

—Bueno, ya lo he explicado tantas veces: a los periodistas, a la Policía, a los clientes curiosos, a mi familia, amigos…

—Señor Ambler, comprendo que esté usted ya aburrido del asunto. Sin embargo, me atrevo a rogarle paciencia. La Cruz Roja pretende hacer una investigación digamos… científica sobre esa cuestión. Nuestros propósitos, aparte de científicos, naturalmente, son ayudar en lo posible a las investigaciones policiales, lo que, quizá, diese como resultado la recuperación del dinero.

Randolph Ambler sonrió escépticamente.

—No dudo de sus buenas intenciones, señorita Connors, pero mucho me temo que ese dinero no será recuperado jamás. De todos modos lo siento por la compañía de seguros.

—Claro. ¿Qué sintió usted exactamente, señor Ambler?

—Pues… Bien, en primer lugar fue como… una presión en los oídos. Una presión… aguda, como perforante. Luego, casi enseguida, comencé a sentir calambres en el estómago especialmente, y, enseguida, tuve náuseas, mareos, intenso dolor de cabeza… Era horrible, quería morirme, se lo juro.

—Es comprensible. Dígame: con anterioridad a todas esas sensaciones, ¿olió usted algo extraño?

—¿Oler? No, en absoluto.

—¿Seguro?

—Segurísimo. ¿Oler? —El señor Ambler no podía estar más

extrañado—. No, desde luego. Seguro que no.

—¿Vio usted a los atracadores?

—Sí. Dos de ellos entraron aquí, para quitarme la llave del mecanismo de la caja fuerte. Los vi como borrosos, pero creo que lo bastante bien para describirlos. Descripción que coincidió con la de las demás personas que estaban afuera, en el departamento del público.

—Entiendo. ¿La puerta de su despacho estaba cerrada? ¿La abrieron ellos y fue entonces cuando usted los vio…, o ya los había visto desde aquí porque la puerta estaba abierta?

—Siempre la tengo cerrada. Y así estaba. Ellos la abrieron y entraron.

—Además de este despacho privado, creo que hay otro más, y luego dependencias interiores para material de oficina, vestuarios, y servicios diversos. Esto significa, señor Ambler, que todos los empleados del banco estaban repartidos por todo el banco, supongo, y no concentrados precisamente en el local destinado al público.

—Sí, así es. Había dos en los lavabos, uno en el cuarto de material, otro que estaba tomando café… Y yo aquí. Repartidos por todo el banco, sí.

—Pese a lo cual, según parece, todos y al mismo tiempo sufrieron esos extraños dolores o calambres, dolor de cabeza, náuseas y demás.

—Sí, todos a la vez, estuviésemos donde estuviésemos.

—Voy a rogarle, señor Ambler, que se concentre en la respuesta. No tenga prisa; sólo, concéntrese: ¿ocurrió antes de esto algo inusual en el banco? Cualquier cosa que no fuese habitual, corriente, a la que todos estuviesen acostumbrados. Algo especial, por insignificante que fuera.

—No. Todo fue como todos los días: llegué, abrí el banco fueron llegando los empleados, prepararon su trabajo, abrimos al público… Todo normal, corriente.

—Es decir, que desde siempre, ocurría lo mismo de siempre.

—Sí, exactamente. Nada anormal.

La señorita Connors asintió, abrió su bolso, y sacó una cajita metálica. Ante la interesada mirada de Ambler, extrajo de la cajita una aguja y una jeringuilla. Miró sonriente a Ambler.

—Me temo, señor Ambler, que voy a convertirme en vampiro: necesito un poco de su sangre.

—¿Qué… qué…?

—Es para analizarla. Pero si realmente le causa a usted tanto pánico un simple pinchazo, quizás alguno de sus empleados se preste a ello. Por supuesto, de los que padecieron esos extraños efectos.

—Sí, ya comprendo. Mire, ya fuimos examinados médicamente, señorita Connors, y sometidos a observación. No encontraron rada anormal en nuestro organismo…, ni en nuestra sangre.

—Señor Ambler, podría pedirle medio litro de su sangre como donante voluntario para la Cruz Roja, pero sólo le pido un poquito de nada. Es usted un hombre joven, sano y fuerte. ¿Va a negarme este pequeño favor?

Randolph Ambler comenzó a farfullar algo, pero, de pronto, se percató de la sonrisa verdaderamente amable y divertida de la señorita Connors, y sonrió a su vez.

—Demonios —masculló—, usted podría convencer a cualquiera para que hiciera cualquier cosa, ¿eh?

—¡Muchas gracias, señor Ambler! —rió Lili.

Ambler se quitó la chaqueta y se subió la manga de la camisa. El pinchazo le hizo farfullar algo, pero la extracción se realizó sin más percances. La señorita Connors metió la sangre en una botellita, que cerró herméticamente. Lo guardó todo.

—Ha sido usted muy amable —agradeció de nuevo—. Todavía otra pregunta: ¿diría usted, por lo que vio o por lo que vieron sus empleados, que los atracadores conocían el banco bien? Quiero decir si sabían perfectamente lo que tenían que hacer en todo momento.

—Desde luego que sí.

—¿Hicieron y dijeron algo que implicase un conocimiento digamos… excesivo del banco y sus sistemas?

—La policía ya sospecha de que algún empleado y hasta yo mismo pudo haber estado preparando algo desde dentro —gruñó Ambler—. No me decepcione usted, señorita Connors.

—Le pido disculpas. Pero es algo corriente, rutinario, que un empleado de banco cometa tonterías… Ha pasado muchas veces: un empleado, harto de la rutina, de un sueldo que…

—Espere un momento —susurró Ambler, entornando los párpados—… Un momento, un momento. Hablando de rutinas, de cosas que no sean corrientes… Bueno, estoy hablando de su pregunta de antes respecto a si ocurrió algo inusual en algún momento… ¡Bah, tonterías!

—¿Ocurrió algo inusual?

—Bueno, inusual, no, pero se salió de la rutina, digamos. No tiene importancia.

—¿Qué ocurrió?

—Nada. El día anterior, unos empleados de la Wanders vinieron a cambiar uno de los aparatos acondicionadores de aire, eso es todo. Nada, como ve.

Lili Connors se quedó mirando fijamente a Ambler.

Durante unos segundos, pareció que ni siquiera hubiera oído. De pronto, murmuró:

—¿Cuál aparato cambiaron?

—Hicieron una revisión de todos, dijeron que uno no funcionaba debidamente, fueron a su furgoneta, trajeron uno nuevo, y lo cambiaron. Bueno, el que pusieron no era nuevo, sino de esos que llevan para instalar provisionalmente mientras arreglan el averiado.

—Sí, sí, sí… ¿Cuál aparato cambiaron? ¿Dónde está?

—Afuera, en el departamento donde se atiende al público.

—¿Sería tan amable de señalármelo desde aquí?

—¿Por qué no?

Fueron los dos hacia la puerta, y Ambler se dispuso a abrirla completamente, pero la señorita Connors se lo impidió.

—Abra sólo lo justo —pidió.

Ambler así lo hizo. Tuvo que abrir la puerta algo más de un palmo para que ambos pudieran ver el acondicionador de aire. Apenas lo hubo señalado, Lili Connors cerró la puerta.

—Se supone —murmuró— que han de venir a retirar ese aparato provisional y colocar el anterior, propiedad del banco.

—Naturalmente. Por cierto, ya deberían haber venido. Desde el jueves que lo cambiaron han tenido tiempo de arreglarlo, ¿no le parece?

—Señor Ambler: ¿le gustaría que su nombre sonase a alto nivel en el Consejo Directivo del banco gracias a su… inteligente y callada labor en pro de la recuperación del dinero robado?

—Dios… ¡Claro que me gustaría!

—En ese caso, usted y yo vamos a hacer un trato, cuya base principal será que usted no haga comentario alguno con nadie sobre mí, sobre lo que yo haga o diga, ni sobre ese aparato. ¿Acepta?

—Pero… no comprendo…

—Comprenderá pronto. Por el momento, todo lo que tendrá que hacer es callar y obedecerme. Y si no confía en mí, señor Ambler quizá confiaría usted en el señor Presidente.

—¿En el presidente del banco? —exclamó Ambler.

—En el Presidente de los Estados Unidos de América. Si lo desea usted, a fin de estar convencido de que debe aceptar todo cuanto yo haga, el señor Carter le llamará desde la Casa Blanca. Aunque quizá sería suficiente que le llamase a usted el alcalde de Nueva York… ¿Cuál de los dos prefiere?

—Bu-bu-bueno, no sé si… ¡¿Está hablando en serio?!

—No se mueva de aquí, ni hable de esto con nadie, señor Ambler —sonrió Lili Connors—: dentro de poco tendrá noticias mías.

Capítulo II

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, era, a la vez y como tapadera de su profesión de espía, un florista bien conocido en la Segunda Avenida, exactamente en el número 1044, donde tenía un amplio y concurrido establecimiento. Como es natural, Pitzer dedicaba más tiempo al espionaje que a las flores, pero, con frecuencia, él mismo atendía a su clientela, para dar una sensación de presencia en el negocio de las flores.

Y así estaba aquella mañana Charles Alan Pitzer, veterano espía y en la actualidad jefe de espías, cuando la rubia señorita Lili Connors entró en la floristería. Pitzer la miró, desvió la mirada…, y la regresó inmediatamente hacia la nueva clienta rubia. Eso fue todo. Terminó de atender a una pareja de jóvenes que deseaban enviar un bonito ramo de flores a su madre, y se acercó a la rubia.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo servirla?

Lili Connors le miró socarronamente. Luego, miró al ayudante de Pitzer, el simpático Simón-Floristería, que, desde el otro extremo del mostrador, la había contemplado estupefacto un instante antes, para, rápidamente, volver su atención a una clienta.

—Tengo entendido —dijo Lili— que dispone usted de unos planteles de rosas especiales, señor. ¿Podría verlos?

Un matrimonio de edad madura entró en la floristería. La mujer a la que atendía Simón miraba críticamente a la bellísima rubia… Pitzer asentía.

—Por supuesto. Aunque no tengo demasiados, pues comprenderá usted que en un patio interior…

—Bueno, quisiera plantar algunos rosales en mi terraza, y puesto que me han recomendado esta floristería…

—Es muy de agradecer. Venga por aquí, por favor…

Fueron hacia el fondo de la tienda, y Pitzer abrió una puerta. Apenas hubieron entrado al pasillo y cerrado la puerta, Pitzer

exclamó:

—¿Qué ocurre, Brigitte?

Ésta le dio un beso en una mejilla, se tomó de su brazo, y lo llevó a la salita de reposo de Pitzer, sin problemas, pues conocía perfectamente hasta el último rincón de la «floristería». Una vez en la salita, Lili Connors se sentó, sacó cigarrillos, vaciló, frunció el ceño, y encendió uno.

—No tengo voluntad —dijo.

—Será para eso —gruñó Pitzer—, ¡porque lo que es para otras cosas, la tiene usted de acero! ¿Qué es lo que pasa?

Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby, lo miró sonriente a través del humo del cigarrillo.

—Tío Charlie: vamos a resolver el atraco al York Manhattan Bank. Precisamente, vengo de allí.

Pitzer no se inmutó. Se sentó frente a Lili, encendió su vieja pipa, y estuvo fumando en silencio unos segundos. Por fin, movió la cabeza con gesto de resignación, y suspiró. Si alguien conocía bien en este mundo a la agente Baby, era él.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó.

—El día anterior al atraco cambiaron uno de los acondicionadores de aire, de la firma Wanders.

—Ah.

—He convenido con el director del banco, el señor Randolph Ambler, que esta tarde unos compañeros míos de la Cruz Roja irán a examinar ese acondicionador, y el resto del banco.

—¿Ahora somos la Cruz Roja? —masculló Pitzer.

—Ya ve —rió Brigitte—. Habrá que convencer al señor Ambler de que nos deje deambular por el banco después de las cinco. Nuestros Simones irán llegando allí a partir de las tres, se irán concentrando en el despacho del señor Ambler, y se quedarán con éste cuando el banco cierre. Entonces, a puerta cerrada, harán la investigación, discretamente…, y no podrán marcharse hasta el día siguiente, después de que el público haya comenzado a entrar y salir del banco.

—Entiendo. ¿Y cómo vamos a convencer al señor Ambler de que nos permita hacer eso?

—Me ha asegurado que le bastaría una llamada telefónica de nuestro alcalde.

—Puedo arreglar eso…, a menos que prefiera ir usted misma a pedírselo a su amigo el alcalde.

—No. Naturalmente que Brigitte Montfort no debe ser mencionada. Llame usted al alcalde, expóngale el asunto, pídale que sea discreto, etcétera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Sólo una pregunta: ¿qué tiene que ver la CIA con el atraco a un banco?

—La CIA, nada. Pero Baby tiene curiosidad por saber qué fue lo que provocó en tantas personas a la vez ese dolor de oídos, esos mareos, náuseas, vómitos, calambres, dolor de cabeza…

Pretender disuadir a Brigitte para que no se metiera en líos era como intentar que las aguas de las cataratas del Niágara fuesen hacia arriba, en lugar de hacia abajo.

Y Pitzer lo sabía perfectamente.

—Comprendo. ¿La llamamos si encontramos algo?

—No, porque estaré en la Central…

Simón-Floristería apareció, mirando a Lili Connors con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Nada del otro mundo —le sonrió Brigitte—. Pero necesito que el helicóptero me recoja esta tarde en la terraza del Crystal Building, Simón. ¿Cuento con ello?

—¡Naturalmente! Caramba… ¡casi está usted tan hermosa de rubia como de morena, Baby!

—Falta el «casi» —sonrió Brigitte—… ¿Cómo va la venta de flores?

—No podemos quejarnos, ¿verdad, señor?

—No —sonrió irónicamente Pitzer—… A propósito, ya que está usted aquí, Brigitte, le prepararé un ramo de rosas rojas para…

—Nada de eso —respingó Brigitte—. ¡Ya quedé harta de rosas rojas por una temporada[2]!

Simón se echó a reír.

—¡Pero no siempre va a ser igual! —exclamó—. ¡Y las rosas rojas son sus preferidas! ¿O no?

—Lo son. ¡Pero nada de flores! Y además, avisen a la Central de mi llegada… ¡pero adviertan que no quiero a nadie esperándome! Salvo a Mc Gee. Él sí: que me esté esperando en su gruta de los horrores…

* * *

Mc Gee, jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA, estaba en su laboratorio, o, como lo llamaba Baby, la gruta de los horrores. No sin motivos, pues en aquel laboratorio Mc Gee había engendrado inventos de todas clases…, y ninguno bueno: gases narcóticos, gases mortales, virus, ácidos, armas sofisticadísimas de toda clase, mecanismos, maquillajes… ¡incluso el extraordinario suero que había recibido el nombre de Blackcolor, que, inyectado en una persona blanca, podía teñir su epidermis de negro con tal perfección que esa persona podía pasar en cualquier lugar como perteneciente a la raza negra…!

La gruta de los horrores… Quizás.

Pero de esa gruta, del cerebro de Mc Gee, habían salido inventos, armas y trucos que habían servido no pocas veces para que la agente Baby escapase con vida de peligros escalofriantes que habrían costado la vida a una persona normal con recursos normales.

Por esto, y porque en lo personal Mc Gee era una buena persona, incluso ingenua en sus contactos con los seres humanos, Brigitte Montfort lo tenía en alta estima. Era larguirucho, feo, desgarbado, llevaba lentes, su cabellera parecía una escoba puesta al revés…, pero era uno de sus mejores amigos.

En cuanto a Mc Gee, si alguna vez había sentido cariño, incluso algo parecido a amor por una mujer, no había otra: Brigitte Baby Montfort. Así que, cuando la vio aparecer aquella tarde en su gruta del horror, se puso en pie de un salto, y exclamó:

—¡Es cierto, no me han engañado, ha venido usted!

—Eso parece —rió Brigitte—… ¿Cómo van las cosas por esta gruta?

Mc Gee acudía tendiéndole la mano, pero ella le besó en ambas mejillas, y, como siempre, Mc Gee enrojeció levemente… lo que aumentó el buen humor de la espía más implacable del mundo.

—Debería usted casarse, Mc Gee —dijo con tono reprobatorio—. De ese modo, estaría más… descargado sexualmente, y una mujer no le turbaría tanto al besarlo.

—Oh, bueno —masculló Mc Gee—, ya sé cómo comportarme con otras mujeres, pero usted es demasiado hermosa para mí. Ya sé

que es una tontería, pero no puedo evitarlo: ¡me maravilla usted!

—Según parece, hoy tenemos el día amable todos —rió la divina espía—, de modo que lo celebraremos cenando en mi casa. Tengo el helicóptero esperando. ¿Se viene conmigo, Mc Gee?

—¡Ya lo creo! Termino enseguida con…

—Bueno, bueno, aún falta para la hora de la cena. ¿Cree que tendremos tiempo para analizar exhaustivamente esta sangre?

Mostró la botellita a Mc Gee, que la tomó y la miró al trasluz.

—¿De quién es? —preguntó—. ¿Suya?

—Cielos, no… ¡Yo ya lo sé todo acerca de mi sangre! Es de… Ya se lo explicaré durante la cena.

—Bien. Entregaré esta muestra a uno de mis ayud…

—No, Mc Gee. Le ruego que lo haga usted personalmente.

Mc Gee agitó sus raquíticas pestañas tras los gruesos cristales de sus lentes. Él también comprendía a Baby, y sabía que, en aquel análisis que le pedía no quería admitir la más mínima posibilidad de fallo.

—Ningún problema —asintió—. Pero para lo que usted quiere tendrá que esperar dos horas.

—Ponga a prueba mi paciencia —sonrió Brigitte.

—Ya sé, ya sé… Oh, ahora que recuerdo, puede entretenerse examinando un par de cositas que acabo de perfeccionar. Se trata de pequeñas sorpresas… ¡Caramba, me alegro de que haya venido!

—¿Qué nuevo engendro ha creado?

Mc Gee le hizo una seña, y la guió hasta un banco de trabajo sobre el cual había una fila de armarios metálicos, cerrados no sólo con llave, sino con mecanismo de combinación.

Abrió uno de los armarios, y bajó dos cajas, que colocó en el banco de trabajo. De una de las cajas extrajo una pistolita parecida a la que usaba desde hacía muchos años Brigitte, y que tantas veces había sido renovada, con sus cachas de madreperla incluidas. La pistola que vio ahora Brigitte no tenía cachas de madreperla, y la culata parecía más bien un tubo recubierto de terciopelo.

—Es material aislante —señaló Mc Gee el terciopelo—. ¿Le gusta el artefacto?

—¿Qué tiene de particular?

—Es eléctrica. Puede matar… o sólo provocar una conmoción tremenda, un *shock* no mortal. Depende de cómo la graduemos…

Éste es el mecanismo, y va del uno al cinco. ¿Nota las distintas posiciones? El uno es un simple calambre para la persona que recibe la descarga eléctrica. El cinco, mata. Digamos que sólo depende de la voluntad del tirador que una persona muera o no. Pero, eso sí, siempre queda fuera de combate, por más o menos tiempo.

—Éste sí es un gran invento —murmuró Brigitte—… ¿Es el prototipo?

—Sí. Pero tengo ya seis ejemplares listos para ser distribuidos. ¿Quiere usted uno?

—Desde luego.

—Se lo traeré luego. En cuanto a esta otra… Bien, no sé qué pensará usted de ella, pero yo me siento orgulloso…, como científico al servicio de la CIA, claro está. Venga conmigo al túnel: la probaremos.

Brigitte todavía estuvo unos segundos contemplando la pistola que Mc Gee quería probar. Era de tamaño casi doble a la anterior, y todo su aspecto era más convencional, excepto que la culata parecía más voluminosa y, en cambio, el cañón era corto y delgadísimo. Más que balas, de allí debían de salir agujas…

Mc Gee abrió una puerta ubicada en un lado del laboratorio, recorrieron un corto pasillo, y aparecieron en el subterráneo y secretísimo túnel de tiro del Departamento de Armas Especiales. Mc Gee dio la luz, apareció el largo túnel, y, al fondo, la silueta de una persona.

Por medio de unos mandos, Mc Gee retiró la silueta, y en su lugar, apareció otra, parecida.

—Es de acero —murmuró Mc Gee—. Está recortada de una plancha de media pulgada de grosor. Ahora, fíjese.

Colocó la pistola en el soporte especial de apoyo, apuntó y apretó el gatillo. Un finísimo rayo de tono violáceo partió del delgado cañón, y llegó en el acto a la silueta. Mc Gee fue desplazando el arma, de modo que el rayo violáceo fue pasando de un lado a otro del cuello de la silueta. En pocos segundos, la cabeza fue cortada. En la silueta quedó un ligero humo que desapareció rápidamente.

Mc Gee miró a Brigitte.

—Lo siento —murmuró—, pero yo obedezco órdenes.

—¿Rayos Láser? —susurró Brigitte.

—Una variante del láser —asintió Mc Gee—… ¿Quiere probarla?

—No.

—Quizá le convendría. El otro día oí unos comentarios, a alto nivel, por los que se criticaba a la agente Baby su no asistencia a los cursillos de perfeccionamiento y actualización. Posiblemente, esos comentarios cesarán si saben que usted ha hecho unas cuantas prácticas de tiro.

Brigitte tomó la pistola de manos de Mc Gee, se colocó en la zona del tirador, y, sin apoyar el arma en lugar alguno, disparó una fracción de láser, luego otra, y otra, y otra, y otra… Cuando terminó, el pecho del muñeco de acero estaba humeante. Mc Gee apretó el resorte que acercaba la silueta sobre unos raíles, y, ya a menos de un metro de él, se quedó mirando los orificios que las breves descargas habían inferido al acero.

No eran unos orificios casuales, ni mucho menos: justo sobre el lugar donde se suponía que un hombre tenía el corazón, las descargas de láser habían grabado la silueta de un corazón. Una silueta perfecta, inobjetable, como un dibujo.

—Bueno —movió la cabeza Mc Gee—, ya sabe: la gente habla muchas veces sin saber lo que dice.

—Eso sólo lo hacen los tontos.

—Es cierto —sonrió Mc Gee—… ¡Caray, vaya disparos! ¿Seguro que no quiere un juguetito de estos?

—Lo pensaré. ¿Qué me dice de la sangre?

—¿La…? ¡Oh, me ocupo de ello ahora mismo! ¡Ahora mismo!

Casi dos horas más tarde, Mc Gee se reunía con Brigitte en el laboratorio, donde ésta lo había estado esperando sosegadamente sin un solo gesto de impaciencia. Y, al verlo aparecer, simplemente alzó una ceja.

—Grupo A, factor Rh positivo —dijo Mc Gee—. Eso es todo lo que puedo decir de esa sangre. Bueno, tiene un poco de diabetes. Nada peligroso… por ahora.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Ya sé que una vez realizado el análisis no cabe añadir datos, pues usted lo habría detectado todo, pero pienso que la persona que

donó esa sangre esta mañana estuvo sometida hace unos días a los efectos de un gas especial. ¿Podría ser?

—Podría ser, pero no he hallado secuela alguna en ese sentido. Por otra parte, como usted bien sabe —sonrió—, hay gases que producen determinados efectos que no son detectables posteriormente.

Brigitte asintió.

—En resumen —murmuró—: una ligera diabetes.

—Ligerísima. Pero dígale a esta persona que se cuide.

—¡Será un modo de agradecer al señor Ambler su colaboración! —rió la divina—. Bien, vámonos a cenar…, y esperemos que, en efecto, el señor Ambler se haya mostrado paciente y haya colaborado con nuestros compañeros…

* * *

El señor Ambler se había mostrado paciente y había colaborado. Como resultado de ello, cuando Brigitte y Mc Gee llegaron al apartamento de ella, Charles Alan Pitzer la estaba esperando. Y nada más verla, se puso en pie, y dijo:

—Hemos encontrado algo. Hola, Mc Gee.

—¿Qué tal? —sonrió Mc Gee.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Brigitte.

—Un pequeño… artefacto, dentro del acondicionador de aire… ¡Demonios, ¿por qué usted siempre da en el blanco?!

—Pues debería haberla visto disparar esta tarde —dijo Mc Gee.

—¿Qué clase de artefacto? —inquirió Brigitte, sirviendo aperitivo en dos copas, y tendiendo una a Mc Gee.

—No tenemos ni idea de lo que puede ser. Es algo más grande que un paquete de cigarrillos, parece hermético. Es metálico, como de aluminio, o algo parecido.

—¿Lo han retirado del acondicionador?

—¡Claro que no! Está conectado a él, y nos ha parecido mejor esperar, por si algún técnico… ¡Hombre, Mc Gee! —Pitzer lo miró súbitamente entusiasmado—. ¡Es una afortunada casualidad que esté usted aquí!

Mc Gee bebió un sorbo de aperitivo, mirando a la sonriente Brigitte, y masculló:

—Sí, es una «afortunada casualidad» que yo esté aquí.

—No se queje —rió Brigitte—... ¡De todos modos, lo de la invitación a cenar fue sincera, y sigue en pie!

—Ya, ya. Pero antes tendré que echar un vistazo a ese artefacto, ¿no es así?

* * *

En contra de su propia decisión matinal, Brigitte Montfort, es decir, de nuevo la rubia Lili Connors, fue al York Manhattan a última hora de aquella tarde, ya casi de noche. La acompañaban Pitzer y Mc Gee. Dentro del banco, además de Ambler, había tres agentes de la CIA especialistas en registros técnicos, que eran los que habían encontrado, enseguida, dentro del acondicionador, aquel pequeño y misterioso artefacto. Luego, habían buscado más cosas, pero nada habían hallado. Sólo el artefacto.

Lili Connors no presentó ni a Pitzer ni a Mc Gee, el cual sin necesidad de instrucciones, se dirigió hacia el acondicionar de aire, cuya tapa había sido retirada. Ambler, que estaba desconcertado y excitado, preguntó:

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué puede ser eso?

—Sea lo que sea, nuestro compañero nos lo dirá, señor Ambler —contestó Lili—. Lo que sí puedo decirle ya ahora es que ese pequeño artefacto fue la extraña arma que los derrotó a ustedes. Y que, para librarse de sus efectos, aquellos hombres llevaban aquel... sorprendente «mono» o equipo.

—Pero... ¿cómo puede producir náuseas y vómitos y todo eso una caja metálica?

—Ya lo sabremos. Y recuerde, señor Ambler: ni una sola palabra de todo esto a nadie. ¿Contamos con ello?

Randolph Ambler miró a Pitzer, y al agente de la CIA que, con éste y Lili habían entrado en su despacho. ¿Aquellos hombres eran de la Cruz Roja? Ni remotamente se le ocurrió que pertenecieran a la CIA, pero de lo que sí estaba seguro Ambler era de que no eran de la Cruz Roja. Y de otra cosa estaba seguro Ambler: el alcalde de Nueva York en persona le había dicho que debía colaborar en todo cuanto le pidieran aquellas personas. Pues muy bien.

—Cuenten con ello —murmuró.

—Se nos va a hacer un poco tarde para cenar —sonrió la bella rubia—, pero aunque cenemos a las doce de la noche, habrá valido la pena. A propósito, señor Ambler: tenga cuidado con su cena.

—¿Con mi cena? ¿Qué quiere decir?

—Que tenga cuidado con los alimentos: tiene usted un principio detectable de diabetes.

—¿Yo? ¿Diabetes yo? ¡Claro que no!

—Bueno, en ese caso la tiene su sangre. ¿Le gusta más así?

—Si la tiene mi sangre la tengo yo —gruñó Ambler.

—Ah… ¡No me diga!

Ambler refunfuñó algo, y se quedó rumiando sobre aquella inesperada noticia. La señorita Connors se sentó en uno de los sillones de su despacho, y esta vez sí pudo Ambler verle las piernas. Bueno, toda la tensión del día bien valía aquel momento…

Mc Gee se reunió con ellos en el despacho una hora más tarde.

—Le diré cómo funciona —dijo mirando a Lili—… Está conectado a la entrada normal de electricidad para el acondicionador, pero dispone de un diminuto mecanismo de control por radio a distancia que lo puede poner en funcionamiento o detenerlo a voluntad. Es decir, que si quieren ponerlo en marcha, sólo tienen que emitir la onda de radio adecuada, y si quieren detenerlo, dejan de emitir la onda.

—Es decir, que pueden ponerlo en marcha y detenerlo cuantas veces quieran siempre que quieran.

—Exactamente. Por lo demás, no afecta en absoluto al funcionamiento del acondicionador, que realiza su cometido con toda normalidad, como si el artefacto no estuviese dentro.

—Ya. Bien… ¿qué es ese artefacto?

—Bueno… Tendría que llevarlo a… al laboratorio, estudiarlo más a fondo…

—¿Qué es, Mc Gee?

—Parece un diminuto pero formidable emisor de ondas de baja frecuencia.

—¿Y eso qué significa?

—Que puede… podría producir un infrasonido. Lo cual concuerda con lo que usted me explicó en el helicóptero —Ambler miraba sobresaltado de uno a otra—: ese infrasonido, si alcanza determinada intensidad puede producir todos esos efectos: mareos,

calambres, vómitos, náuseas… Digamos, en términos vulgares, que afecta las funciones normales de nuestro organismo: el infrasonido penetra en el cuerpo y produce todos esos trastornos. Se lo puedo explicar a ustedes técnicamente, pero sería muy largo, y quizá no llegasen a entenderlo.

—Ya. En definitiva, es un… aparatito que produce vómitos, calambres, náuseas, y eso es todo.

—Bueno…

—¿Qué más? ¡No me impaciente, Mc Gee!

—Si esas ondas de baja frecuencia descienden lo suficiente, el infrasonido puede llegar a matar…, y de un modo doloroso, horrible. De todos modos, no hay que preocuparse en lo que respecta al artefacto que tenemos aquí: no tiene la suficiente potencia para conseguir tanto. Sólo vómitos y todo eso. Es sólo un vástago.

—¿Un vástago?

—Se me ocurre que quien ha fabricado ese pequeño vástago puede estar en condiciones de fabricar… al padre, por decirlo de algún modo. O un simple hermanito mayor. Bueno, la escala de posibilidades de fabricación es ilimitada, prácticamente.

—¿Muertes por infrasonido?

—Sí. Tantas muertes como el usuario del artefacto desee, y en cualquier lugar. No valen muros, ni protecciones convencionales: el infrasonido atravesaría los muros, los agrietaría incluso, con determinada potencia. En cuanto a esos extraños «monos» que vestían los cuatro hombres que atracaron el banco, evidentemente están confeccionados con material flexible aislante. Al menos, para este vástago… No servirían de nada con otro de más potencia.

—¿Y quién puede fabricar esos artefactos? ¿Grandes centros industriales que…?

—Cualquiera —murmuró Mc Gee—… Cualquiera que disponga de los conocimientos técnicos y del dinero para comprar el material necesario.

—Dinero para comprar el material necesario… ¿Sería suficiente un par de millones de dólares?

—Con dos millones de dólares, yo le construyo a usted unos aparatitos capaces de eliminar a medio mundo.

Incluso Randolph Ambler entendió lo que esto significaba. Notó

que las piernas le flaqueaban, y se dejó caer en un sillón, tartamudeando algo que nadie entendió. Si bien es cierto que a nadie le interesó lo que pudiera decir Ambler. La revelación de Mc Gee era sencillamente alarmante…, por no decir aterradora. Todos miraban a Lili Connors, que, un poco pálida, permanecía absorta. Por fin, la preciosa rubia asintió con la cabeza.

—Está bien… Nos pondremos a trabajar enseguida.

—¿Retiro el artefacto del acondicionador? —pregunto Mc Gee.

—Desde luego que no. La posibilidad de que vuelvan a atracar este banco me parece remota, francamente. En cambio, tengo la certeza de que sí vendrán a retirar el acondicionador y a poner el otro, el que estaba «averiado». Estaremos esperándolos.

—Si están vigilando el banco, ya nos han visto, y en ese caso es posible que no vengan —dijo Pitzer.

—Lo sé. Pero tenemos que resignarnos a las circunstancias. Si no vienen, mala suerte…, pero es toda la pista que tenemos por el momento, ¿no es así?

Era así, y todos lo admitieron con su sombrío silencio. Lili Connors miró su relojito, y sonrió.

—Todavía tenemos tiempo de cenar agradablemente en mi casa —dijo—. Pero lo haremos mucho más tranquilos si sabemos que desde ahora mismo queda dispuesta una vigilancia adecuada de este banco… ¿Se encargan ustedes tres de la primera hora, mientras van llegando otros compañeros?

La pregunta fue dirigida a los tres agentes de la CIA, que asintieron a la vez, y miraron a Pitzer, que asintió: sí, él daría la orden en el Sector New York para que suficiente personal se concentrase en los alrededores del York Manhattan Bank desde aquel mismo momento hasta… hasta que fuese necesario.

No se podía hacer otra cosa.

Capítulo III

—Baby.

Brigitte abrió los ojos, y se quedó mirando a Mc Gee, que estaba inclinado sobre ella, moviéndola suavemente con una mano en uno de sus desnudos hombros. Tan desnudos como todo el cuerpo de la divina espía. Mc Gee, así como Pitzer y Simón-Floristería, había cenado en el apartamento de Brigitte, y, así como Pitzer y Simón se habían marchado ya de madrugada, él se había quedado a dormir en una de las habitaciones para invitados. Ahora, vestido de cualquier manera, desgreñado, excitado, estaba en el dormitorio de Brigitte…

—¿Qué ocurre, Mc Gee?

—Venga pronto… ¡Corra!

Brigitte saltó de la cama, recogió de pasada la ligera bata, y corrió en pos de Mc Gee hacia el salón. Ya antes de llegar comenzó a oír la voz del locutor de televisión de las primeras noticias de la mañana, mezclada con la de Mc Gee, que explicaba:

—Tengo costumbre de escuchar las primeras noticias del día, y me pareció que si ponía el volumen de su televisor muy bajo, no la molestaría… ¡Escuche esa noticia!

Cuando entraron en el salón, Brigitte vio en la pantalla del televisor la imagen de la Torre Eiffel, de París. No podía confundirla jamás. Allá estaba la Torre Eiffel, a toda pantalla, en bonitos colores ambientales.

El locutor, en *off*, decía:

—… fotografía de la Torre Eiffel en su estado y posición normal, naturalmente. Pero ahora no está así, según la noticia de agencia llegada desde París. Ahora, la Torre Eiffel está… dañada considerablemente, ladeada, como la Torre de Pisa italiana. Alguna de sus vigas se han doblado, han saltado pernos, se han roto cables de los ascensores… Por fortuna, al producirse el accidente, no había

prácticamente nadie en la Torre Eiffel, por lo que, de momento, se tiene la esperanza de que no haya habido víctimas. Sin embargo, y esto es lo verdaderamente curioso y hasta alarmante, sí se han producido algunas víctimas en los alrededores de la Torre Eiffel. Varias personas residentes en edificios cercanos a la Torre, han fallecido, al parecer de modo misterioso y doloroso, justo en el momento en que se producía esa avería en la Torre Eiffel. Y no es esto todo: en un radio de unos quinientos metros, todas las personas residentes dentro de esa área cercana a la Torre han sufrido tremendas indisposiciones físicas, desde calambres y dolores de cabeza hasta tremendos vómitos, todo más grave cuanto más cerca de la Torre, hasta, como ya hemos dicho, la muerte misma. En estos momentos, la Torre Eiffel está rodeada por fuerzas policiales de París, y según parece se va a recurrir al Ejército para que acordone la zona del extraño siniestro, que quedará aislada dentro de la capital francesa, como sometida a cuarentena. En nuestro próximo informativo esperamos ampliar las noticias y ofrecerles a ustedes fotografías o película del estado actual de la Torre Eiffel.

Desapareció la imagen de la famosa Torre, y apareció el locutor, dispuesto a informar sobre otros acontecimientos mundiales. Brigitte se acercó al televisor, lo apagó, y fue directa hacia el teléfono, mientras preguntaba a Mc Gee:

—¿Eso puede haberlo hecho un… hermanito mayor del vástago, Mc Gee?

—Sí. Por eso la he despertado, claro.

—Bien.

Lo primero que hizo Brigitte fue llamar a la agencia de viajes que ya en otras ocasiones le había resuelto pequeños problema de pasajes para sus vuelos particulares. Pidió un pasaje para el primer vuelo directo a París, dejando bien claro que no admitía demoras ni contratiempos de ninguna clase, y que esperaba confirmación dentro de un cuarto de hora.

Cuando, doce minutos más tarde, sonó el teléfono, la señorita Montfort, para pasmo de Mc Gee, estaba arreglada, vestida, y con el equipaje a punto prácticamente, incluido su maletín rojo con florecillas azules estampadas. Peggy, despertada de modo desacostumbradamente abrupto, estaba terminando de cerrar la maleta. El pasaje para la señorita Montfort quedaba confirmado: su

avión salía a las once treinta del aeropuerto Kennedy, y tenía el pasaje en las oficinas de la Air France precisamente. Ningún problema.

Brigitte efectuó acto seguido una llamada automática a cierto número de París, pero nadie contestaba. Impaciente, la espía llamó ahora a Pitzer.

—¿…?

—Tío Charlie, me voy a París a las once y treinta de este mañana. Arrégleselas como pueda, pero quiero que *Monsieur* Nez me esté esperando en Orly cuando llegue. Avíselo aunque sea por el canal de servicio a servicio. ¿Está claro?

—¡¿…?!

—Mc Gee se queda en casa. Él se lo explicará. ¡Adiós!

* * *

Como fuera, *Monsieur* Nez estaba en Orly, esperando a la señorita Montfort, por supuesto olvidado completamente de las falsas dificultades que no hacía mucho le habían obligado a mostrarse tremendamente desagradable con la agente Baby[3]. Pero eso estaba ya olvidado, no valía la pena ni recordarlo.

Pese a que el vuelo había durado poco más de seis horas, eran en Francia alrededor de las once de la noche cuando el formidable *jet* aterrizó en una de las pistas de Orly. Pocos minutos después, la más linda pasajera de aquel vuelo de la Air France era escamoteada rápidamente de cualquier formalidad aduanal por un hombrecillo vestido sobriamente de oscuro, de pequeños ojos penetrantes, y dotado de formidable apéndice nasal, que la llevó inmediatamente a un coche, en el que esperaba un hombre, mientras otro se disponía a hacerse cargo del equipaje de Brigitte…, excepto del maletín, que, como siempre, portaba personalmente.

—Bien —la miró amablemente *Monsieur* Nez, ya dentro del coche—… Me alegro mucho de verla. Siempre es un placer.

—Bueno —sonrió Brigitte—, hace poco no lo pareció así, *Monsieur*.

—Ya le di días más tarde las explicaciones oportunas, ¿no es cierto? —sonrió también Nez—. Pero no hablemos de eso: me siento disgustado cuando recuerdo lo desagradable que fui con usted.

—Pues no hablemos de eso.

—Gracias —Nez la miró con perspicacia, inquisitivo—… ¿De qué le parece que podemos hablar?

—*Monsieur*, se está usted haciendo viejo —dijo Brigitte, divertida—… ¿Realmente no lo adivina?

—¿De la Torre Eiffel?

—¡Ah! Sí, se está haciendo viejo, pero, como suele suceder hasta cierto límite, sus facultades mentales van ganando.

—Dentro de pocos años empezaré a chochear —se resignó *Monsieur* Nez—, pero, evidentemente, ese momento no ha llegado todavía… ¡Dios bendito! ¿De verdad ya sabe usted algo sobre lo sucedido a la Torre?

—Si no hubiese habido vómitos, y hasta muertes, lo consideraría un accidente —murmuró Brigitte—, pero esas extrañas muertes horribles, y los vómitos, me lo han dicho todo.

—Quizá sería usted tan amable de ponerme al corriente mientras retiran su equipaje del aeropuerto —sugirió Nez.

Cuando el agente del SDECE llegó con el equipaje de Brigitte, Nez ya estaba al corriente. El equipaje fue colocado en el maletero, el agente francés pasó a sentarse junto a su compañero que conducía el coche, y el vehículo emprendió camino a París por la autopista.

—Bien —dijo Nez, tras un par de minutos de silencio—… Todo parece ir encajando.

—¿A qué se refiere?

—Sabíamos ya que no había sido un accidente, pero ignorábamos cómo había sucedido todo. Gracias a usted, lo sabemos ya. Tengo una pequeña noticia que darle: el Presidente D'Estaing ha recibido una llamada telefónica por la que se le exigían cien millones de francos, nuevos, naturalmente, si quería evitar mayores males a la ciudad y a sus habitantes.

—¿De modo que eso ha sucedido mientras yo volaba hacia aquí…? Bien. ¿Qué ha contestado el buen Giscard?

—Dispone de veinticuatro horas para radiar su respuesta. Si la respuesta es afirmativa, recibirá instrucciones. Si no lo es, no sabemos qué pasará.

Brigitte asintió. No era, ni mucho menos, la primera vez que se

encontraba en un asunto de ese cariz. Pero el dinero a pagar no la preocupaba, ni seguramente debía preocupar, al menos en su aspecto cuantitativo, al Gobierno francés. Lo que preocupaba a Brigitte Baby Montfort, y sin duda al gato viejo que era *Monsieur* Nez era qué más seguiría luego, cuando «Vástago», que era el nombre que Brigitte había asignado a quienquiera que dirigiese aquello, dispusiera no ya de los casi dos millones de dólares de Nueva York, sino de los cien millones de francos, es decir, otros veinte millones de dólares. Casi veinticinco, a los nuevos cambios oficiales…

¿Qué exigiría Vástago cuando ya tuviese tanto dinero que unos millones más o menos no significasen nada para él… o ellos? ¿Más dinero? Aparentemente, no, porque si necesitaba más dinero todo lo que tenía que haber hecho era pedir mucho más desde el primer momento.

Mil millones en lugar de cien, por ejemplo. O diez mil millones. O…

—Me gustaría ver cómo ha quedado la Torre —murmuró Brigitte.

—Nos acercaremos a ella. Naturalmente, no tendremos ningún problema para cruzar el cordón, ni…

—Ese cordón debería retirarse a mayor distancia.

—¿Por qué?

—Incluso, toda esa zona de París debería ser desalojada. Le diré por qué, *Monsieur*: al igual que el York Manhattan Bank, el artefacto que ha provocado todo eso seguramente está todavía en la zona…, y puede volver a funcionar en cualquier momento.

Monsieur Nez palideció, y durante unos segundos estuvo mudo de espanto.

—*Sacré*! —exclamó de pronto—. ¡Tiene usted razón! Y en ese caso, lo que debemos hacer es buscar el artefacto, para retirarlo… ¡Dispondré inmediatamente que mil hombres se ocupen de registrar a fondo toda la zona…!

—No me parece conveniente, *Monsieur*.

—¿Por qué no?

—Bastará que haga desalojar toda la zona que queda dentro de la influencia del hermanito mayor del vástago.

—De acuerdo, haremos eso, pero… ¿por qué no buscar el

artefacto?

—Porque si se dan cuenta, quizá decidieran volver a ponerlo en funcionamiento, lo cual, suponiendo que la zona ya hubiese sido desalojada de personal civil, costaría la vida a mil soldados.

—Pero… ¡pero no podemos permitir que ese aparato se quede ahí con el riesgo de que vuelva a funcionar y acabe de derribar la Torre!

—La elección es simple —miró fijamente Brigitte a *Monsieur* Nez —: la torre o mil soldados franceses. Me pregunto qué significa más para Francia, *Monsieur*.

Nez quedó silencioso, sombrío. De los dos hombres que iban en el asiento delantero del coche, el que conducía miraba a la espía norteamericana por medio del retrovisor; el otro se había vuelto, y la contemplaba con los ojos desorbitados.

—Me pregunto —murmuró Nez, tras un largo silencio— qué es lo que se puede hacer.

Brigitte volvió a mirarlo, amablemente.

—Nosotros, por el momento, nada. Pero si yo fuese el señor D’Estaing, pagaría.

* * *

Sin embargo, evidentemente, Brigitte Montfort no era Giscard D’Estaing: a la una del mediodía siguiente, hora en que se cumplía el plazo impuesto por Vástago, el presidente francés no había dado ninguna respuesta…, ni parecía tener intención de darla.

Atentos a la televisión en el amplio y arcaico apartamento de *Monsieur* Nez, éste y la agente Baby aguardaban, impacientes y preocupados. *Monsieur* Nez había ido personalmente al Elíseo aquella madrugada, y había sido recibido por el propio señor D’Estaing, que le había escuchado con suma corrección y amabilidad, no en vano Nez era uno de los hombres base del espionaje y contraespionaje francés.

Pero el presidente francés, contaba, además, con otro tipo de colaboradores y consejeros, que se mostraron sumamente cáusticos

cuando Nez informó que su consejo estaba basado en la conversación sostenida con la espía americana Baby. De nada sirvió que Nez recordase los grandes servicios que Baby había prestado en muchas ocasiones al SDECE y a la propia nación francesa; de nada sirvió que recordase que la agente americana estaba al más alto nivel de la eficacia en espionaje de acción y cerebral, y que nunca había cometido error alguno digno de ser tenido en cuenta. Como fuese, a la una del mediodía, cuando se esperaba la aparición del presidente francés en las pantallas de televisión de todo el país, el señor
D'Estaing
no compareció.

—Quizá todavía… todavía aparezca —casi tartamudeó Nez, señalando la pantalla.

Brigitte no contestó. Se puso en pie, y se alejó de la mesita ante la cual había consumido un frugal almuerzo… Desde una de las ventanas del salón vio, a lo lejos, la Torre Eiffel, como envuelta en bruma caliginosa. Estaba inclinada unos doce grados a la izquierda desde la posición de Brigitte.

La noche anterior la había visto, desde el coche, detenido éste en Avenue La Motte-Picquet, entre la Escuela Militar y el principio de la hermosa avenida Parc du Champ de Mars. Allá, al fondo, iluminada, había estado contemplando por primera vez aquel hecho insólito que estaba haciendo llorar a millones de franceses…

—Puede que se decida a pagar —dijo de pronto, volviéndose hacia Nez—, pero esperemos que lo haga a tiempo.

—La zona ha sido desalojada…

—Sí —admitió la espía—. Esa zona ha sido desalojada. Pero nadie nos garantiza que pueda suceder lo mismo en cualquier otra zona de París que no esté desalojada. Y le recuerdo, *Monsieur*, que ese hermanito del vástago de Nueva York puede tener un hermano todavía mayor.

Monsieur Nez estaba más pálido de lo habitual. Era un hombre que no tomaba jamás el sol, y ahora se ponía en evidencia. En cambio, quizá también Brigitte estuviese un poco pálida, pero el tono dorado de su piel lo disimulaba…

De pronto, un ahogado estampido llegó hasta ellos. Hubo en los cristales de las ventanas un leve temblor. Luego, nada. Nez se quedó

mirando con expresión aterrada a Brigitte.

—*Mon Dieu* —jadeó—… ¡Han vuelto a…!

—No. Han volado al hermanito mayor.

—¿Qué…?

—Vástago se ha enfadado, *Monsieur*. Ha comprendido que el señor Presidente no quiere pagar. Y ha comprendido que no va a poder, por tanto, retirar pacíficamente su artefacto del lugar donde estuviera colocado. Así que, por medio de la carga dispuesta para esta eventualidad, lo ha volado en pedazos.

—Pero entonces… ¡ese peligro ha desaparecido!

—Ése, sí. Podía haber hecho funcionar de nuevo el artefacto, pero ha preferido volarlo. ¿Por qué?

—¿Por qué? —retrucó Nez.

—Porque ha querido dar una sensación de fuerza y de organización. Y de poder económico, al eliminar uno de sus artefactos… En pocas palabras, *Monsieur*: nos acaba de decir que dispone de mejores aparatos, y que nos preparemos a esperar un nuevo ataque más poderoso.

—¿Cómo puede usted saber eso? —Casi gritó Nez.

—Conozco a esa clase de gente —sonrió fríamente la espía internacional—… Son ambiciosos, crueles y soberbios. Para mí, está claro que Vástago tiene un gran objetivo que cumplir. Lo demás son minucias, para él.

Nez estuvo unos segundos mirando a Brigitte. De pronto se abalanzó hacia el teléfono, que estaba sonando.

—¡Sí! —gritó.

— …

—¿Dónde? —gritó de nuevo.

— …

—Está bien… Está bien. Gracias.

—¿…?

—No, no. De momento, todo sigue igual, Avisaré si hemos de cambiar nuestros dispositivos. Eso es todo. —Colgó, y miró a Brigitte, que le contemplaba con gesto inquisitivo—. Un coche, estacionado en Avenue Suffren; cerca de Quai Branly, prácticamente al pie de la Torre, ha hecho explosión, ha quedado convertido en chatarra. Ésa fue la explosión que oímos, supongo.

—Y el hermanito mayor debía de estar en el maletero de ese

coche. Bueno, *Monsieur*, yo estoy un poco cansada: creo que dormiré un par de horas.

Era casi la una y media. Cerca de las tres de la tarde, Brigitte se alzó del sofá en el que se había tumbado, y alargó la mano hacia su maletín rojo con florecillas azules, dentro del cual, su finísimo oído había captado el zumbido de llamada de sus dos radios, la usual y la de emergencias.

Tomó la que estaba contenida dentro del paquete de cigarrillos, y alzó uno de éstos. Inmediatamente, dejaron de oírse los suaves bip-bip-bip.

—¿Sí? —inquirió.

—Soy Simón-París —dijo una voz masculina.

—Baby en París, Simón. ¿Qué ocurre?

—Tengo un mensaje para usted. Acaba de llegar por vía de máxima urgencia desde casa.

—Entiendo: ¿qué dice el mensaje?

—Dos hombres, uniformados con el equipo de trabajo de la industria de electrodomésticos Wanders, han estado esta mañana, a las nueve y veinte, hora Nueva York, en el York Manhattan Bank, y han procedido a retirar un acondicionador de aire, dejando otro en su lugar. Los dos sujetos en cuestión han partido en una camioneta de la casa Wanders, pero muy pronto la han abandonado, han subido a un automóvil donde esperaban otros dos hombres, y los cuatro se han dirigido al aeropuerto Kennedy. En estos momentos están volando hacia París. En casa solicitan instrucciones de usted.

—Informe lo siguiente: nadie debe tocar la camioneta, por el momento, pero la mantendrán bajo vigilancia. Dudo mucho que la empresa Wanders tenga nada que ver con esto, pero tenemos que asegurarnos; seguramente, la camioneta es falsa. No robada, sino falsa: una camioneta del mismo modelo que las que utiliza la Wanders, pintada de la misma forma, etcétera. De todos modos, que la vigilen. En cuanto al York Manhattan Bank, que cese la vigilancia directa a su alrededor. En cambio, se procederá a una recopilación de informes personales de todos sus empleados. Eso en cuanto a la labor a realizar en Estados Unidos. Hablemos ahora de esos cuatro sujetos… ¿Sabemos sus nombres?

—Naturalmente. Fueron conseguidos en la oficina de la Transworld en cuanto el avión hubo despegado. Éstos son los

nombres de los cuatro sujetos:

Hans Werther, John Delmare, Félix Roche y Kurt Berthou. Fueron fotografiados, y estamos esperando las telefotos. No creo que tarden más de una hora en llegar.

—Bien. ¿Puede usted recogerme dentro de media hora, Simón?

—¡Naturalmente! ¡Dígame dónde!

—Pues en…

Capítulo IV

La rubia entró en el coche, y Simón-París hizo una seña al hombre que lo conducía, y que la captó en el acto, pese a que se había vuelto y parecía tener ojos sólo para la agente Baby; es decir, para aquella preciosa rubia de ojos verdes.

—Hola, Simón y Simón —había dicho, sonriente, la rubia.

El conductor sonrió, guiñó un ojo, y se volvió hacia el volante. Simón-París estrechó la mano que le tendía Lili Connors, también sonriente.

—Es todo un honor hacer contacto directo —dijo.

—Lo mismo pienso. Quiero decir —se apresuró a aclarar— que es un honor para mí hacer contacto directo con mis chicos… ¿Cómo van las cosas por París?

—¿Aparte del asunto de la Torre Eiffel?

—Por supuesto: aparte de eso.

—Pues como siempre. Normal dentro del trabajo.

—Me alegro. Así podremos disponer de unos cuantos muchachos para que se trasladen a Orly, a esperar a nuestros cuatro viajeros procedentes de Nueva York. ¿Cuántos tenemos?

—Los que usted quiera —aseguró Simón-París.

—En ese caso, decidirá usted la cantidad: los suficientes para que de ninguna manera esos cuatro sujetos puedan… escurrir el bulto. ¿Se dice así?

—En conversación coloquial, sí —rió el jefe de la CIA en París—. No se preocupe: no escurrirán el bulto. Pero tenemos tiempo para disponer todo eso. ¿Qué está ocurriendo?

Baby explicó con su precisión y concisión habitual todo el asunto, hasta donde ella sabía. Cuando terminó, Simón-París asintió con un gesto, y murmuró:

—No sé si usted sabe que esa clase de artefacto comenzó a inventarse en Francia, precisamente, si no recuerdo mal…, en

Marsella, concretamente, y de un modo casual. Tengo entendido que posteriormente, utilizando ondas hertzianas se fue perfeccionando de tal modo que se consiguió… esa terrible arma. Es evidente que alguien de aquí, hace tiempo, consiguió saber cuál era el procedimiento de fabricación, y posiblemente se ha pasado años trabajando en ello por su cuenta hasta conseguir sus propósitos. Y creo —la miró fijamente— que nosotros disponemos de algunos de esos artefactos, seguramente mucho más perfeccionados que los de ese Vástago, como usted llama a quien o quienes sean que dirigen todo esto. Bueno, a esos artefactos los llaman «trompetas de muerte». Pueden destruir, por medio de las vibraciones de baja frecuencia, cualquier cosa: la Muralla China, las pirámides de Egipto, cualquier trinchera o búnker… Lo que sea. En cuanto a las personas, para entendernos, digamos que las… revienta, si el infrasonido es lo suficientemente bajo.

—Sí… Nuestro jefe del Departamento de Armas Especiales me estuvo hablando de eso.

—Es un mal asunto, créame.

—Bueno —dijo con forzada sonrisa Lili Connors—, para eso estamos nosotros aquí, ¿no? ¡Para desbaratar ese mal asunto!

—Seguro que lo conseguimos —exclamó el agente que conducía el coche.

—¿Ve? —rió Baby—. ¡Eso es lo que se llama fe! Y ahora, vamos a esperar las fotografías de nuestros cuatro amigos viajeros.

Las fotografías fueron llevadas por un agente de la CIA a un discreto apartamento de la Rue Didot, hacia las cinco de la tarde. Es decir, unas cuantas copias de aquellas fotografías. El resto de la gran cantidad de copias obtenidas rápidamente, fueron distribuidas en el acto entre el grupo de espías que las esperaban para trasladarse con ellas a Orly, a esperar a los cuatro hombres.

Tenían tiempo de sobra, pues el avión era esperado después de las nueve y media, hora París.

En cuanto a Lili Connors, echó un vistazo que parecía indiferente a las fotografías de los cuatro sujetos. En Nueva York, y en el aeropuerto, los Simones de allá habían hecho un magnífico trabajo. Las fotografías eran buenas, y habían llegado sin excesivo deterioro a París por el telefoto. Eran más que suficientes para identificar con toda facilidad a John Delmare, Hans Werther, Kurt

Berthou y Félix Roche.

Los cuatro debían de tener una edad parecida: entre treinta y treinta y cinco años. Eran fuertes, de facciones enérgicas, atractivos en general… John Delmare era moreno, Hans Werther era rubio casi albino, Kurt Berthou tenía los cabellos castaños y una pequeña cicatriz junto a la nariz, y Félix Roche era moreno y con unos ojos grandes, hermosos, inteligentes.

Lili lo señaló.

—Éste debe de haber actuado como jefe de grupo. Pero me pregunto por qué han tenido que ir a Nueva York para conseguir por ese procedimiento del vástago el millón ochocientos mil dólares.

—Quizá todo provenga de Estados Unidos.

—No —rechazó Baby—… Lo importante de este asunto está aquí, en Francia, o cuando menos, en Europa. Es aquí donde deben de estar fabricando los hermanitos mayores del vástago que se utilizó en Nueva York. Como es lógico, deben de tener un tamaño superior al del vástago, y sería muy comprometido fabricarlos en Estados Unidos y trasladarlos luego a Europa. En cambio, si esos artefactos son fabricados aquí, es fácil llevar a Estados Unidos el vástago pequeño que fue utilizado allí, recuperarlo, y volverlo a traer aquí, como si fuese una radio a transistores, una grabadora, o cualquier cosa así. Y eso es lo que están haciendo: regresan con el vástago tras haberlo utilizado.

—Tiene sentido —admitió Simón—. Pero no lo tiene, en efecto, que fuesen a Nueva York a conseguir ese dinero. Podían haberlo conseguido aquí mismo, en París. O en Londres, Madrid, Roma…

—Me parece que ya sé por qué fueron allá.

—No me sorprendería nada —sonrió ceñudamente Simón—. ¿Por qué fueron allá?

—Otra cosa que tampoco es fácil es trasladar casi dos millones de dólares, o su equivalente en moneda francesa, española, inglesa o italiana, desde París a Nueva York. ¿Cierto?

—Es arriesgado, cuando menos.

—Sin embargo, Vástago necesitaba ese dinero en Estados Unidos. Así que, en lugar de correr el riesgo de enviarlo, envió a cuatro hombres a que lo consiguieran. Los cuatro hombres consiguieron el dinero… y lo tienen en Estados Unidos, escondido

en alguna parte, o lo han entregado a alguien de allá. ¿Para qué?

—Para que comiencen a fabricar también allá trompetas de muerte de envergadura.

Brigitte apuntó a Simón con un dedito, sonriendo.

—¡A eso le llamo yo dar en el blanco! —exclamó.

—Pues no sé si me alegra ser tan listo —masculló Simón—… Ni más ni menos acabamos de descubrir que se va a iniciar en Estados Unidos la fabricación de esas trompetas de muerte.

—Sí. Pero yo me pregunto: ¿sólo en Estados Unidos?

—¿Qué…?

—¿Para qué quieren cien millones de francos?

—Mmm… ¿Para ir distribuyéndolos en todo el mundo a fin de ir fabricando trompetas de muerte? —jadeo Simón-París.

—Podría ser eso, ciertamente —murmuró Baby. Ya han probado el artefacto en Nueva York primero, y ahora en París. Saben que funciona. Y ahora pueden exigir grandes cantidades de dinero aquí mismo y enviarlas sin problemas a otros continentes, quizás. Y digo sin problemas porque ahora, con la amenaza del artefacto, esperan imponerse en todos los órdenes. Pero aún hay más: con la amenaza de las trompetas de muerte pueden ir exigiendo dinero en cualquier parte del mundo…, mientras que esos cien millones de francos serán utilizados exclusivamente en Francia. Y me pregunto: ¿en qué pueden gastarse nada menos que cien millones de francos…, suponiendo que el Gobierno francés los pague finalmente?

—Es mucho dinero…

—Sin duda. Pero ya tienen un destino, esos francos. ¿Cuál destino? Yo apuntaría dos posibles. Uno, la simple y agradable sensación de disponer de dinero para disfrutar de lo mejor de la vida… mientras se va tramando la segunda parte. Y ahí es donde tenemos que llegar: ¿cuál es esa segunda parte, ese segundo objetivo?

—Fabricar más trompetas de muerte.

—No lo creo.

—¿Cómo que no? —se sorprendió Simón.

—Ya tienen suficientes, y lo demuestra el hecho de que hayan destruido una de ellas. En realidad, sólo necesitan una, para aterrorizar a todo el mundo. Y le diré por qué… Supongamos que yo le amenazo a usted con matarlo de un par de balazos en la

cabeza: ¿qué importancia tendrá que yo disponga de cien pistolas o de una sola con nueve balas? Usted sabría que con esa única pistola y nueve balas tengo suficiente para matarlo. Y yo sabría que con esa sola pistola sería suficiente para tenerlo a usted bajo el temor de mi amenaza, que podría cumplir en cualquier momento… Así que ¿para qué querría yo cien pistolas? Con una, usted estaría a mi merced, y me obedecería en todo… o sería asesinado. ¿Me comprende?

—Desde luego… ¡Demonios! Entonces ¿para qué quieren ese dinero? Sí, ya sé, ya sé: parte para vivir bien, de acuerdo. Pero ¿y la otra parte? ¿Cuál es el segundo objetivo, si no se trata de fabricar más trompetas de muerte?

Lili Connors estuvo unos segundos pensativa antes de mover la cabeza con gesto de resignación.

—Me parece que no daremos nosotros solos con la solución. En cambio, es posible que consigamos algo positivo a partir del momento en que nuestros cuatro viajeros lleguen a París procedentes de Nueva York en ese vuelo de la Transworld…

* * *

Ninguno de los cuatro hombres tuvo problemas de ninguna clase a su llegada a Orly. Ni siquiera Félix Roche, que, aunque era ciudadano francés, era quien portaba en su maleta el pequeño artefacto que la CIA había dejado en el acondicionador de aire en el York Manhattan Bank.

De todos modos, no habrían tenido ninguna dificultad, ya que así había sido dispuesto por *Monsieur* Nez a sugerencia de Baby. Todo tenía que ser facilidades para los cuatro hombres, a fin de que éstos, moviéndose libremente, los condujeran hacia elementos más importantes que ellos mismos. Por eso, aparte de que, en un coche estacionado en el aeropuerto, esperaban Baby, Simón-París y Nez, había en Orly una gran red de agentes franceses y americanos. Una red tan tupida, tan perfectamente tendida y montada, que la sola idea de que los cuatro hombres pudieran zafarse de la vigilancia parecía ridícula.

Y todavía pareció todo más fácil cuando los cuatro hombres, que a su llegada habían dado la sensación de no conocerse unos a otros,

lo que sin duda habían hecho también durante el vuelo, se reunieron tras los requisitos aduanales, formando un solo bloque al que controlar. Bloque que, saliendo del aeropuerto, se encaminó hacia el estacionamiento.

Por medio de la radio, Baby, Simón y Nez fueron informados de esto, y Simón comentó:

—Yo diría que nos favorece. Si se hubieran mantenido separados, quizás habríamos tenido que perder tiempo vigilándolos en París, mientras cada uno esperaba instrucciones. Pero, puesto que van juntos ahora, cabe pensar que piensan dirigirse hacia su base, por llamarla de algún modo… ¿Qué opina usted?

Baby asintió, diciendo:

—Tiene lógica.

La siguiente noticia llegó muy pronto:

—Están subiendo a un automóvil, un Peugeot 504, matrícula de París AD 6871.

—Muy bien. Sigan manteniéndose a distancia.

Dicho esto, Brigitte miró a Nez, que comprendió y recurrió a su radio, que le mantenía en comunicación directa con sus hombres del SDECE:

—Coche Peugeot 504, matrícula AD 6871 75 está siendo ocupado por los cuatro individuos. Comuníquense con París y soliciten la inmediata localización del propietario del vehículo.

—*Oui, Monsieur.*

Casi enseguida, de nuevo la voz del espía americano:

—El vehículo sale del estacionamiento.

—Manténganse a distancia y comunicados entre ustedes en todo momento.

—*Okay.*

Tan sólo un par de minutos más tarde, de nuevo informó el espía americano, facilitando la primera sorpresa de la noche:

—Vehículo de referencia emprende ruta hacia el sur.

—¿Cómo, hacia el sur? —Exclamó Lili Connors—. ¿No van hacia París?

—Al parecer, no.

—¿Dónde están exactamente, hacia dónde van?

—Están circulando ya por la carretera Nacional 7.

—Eso es en dirección a Fontainebleau —exclamó Nez. Brigitte se

quedó mirándolo, parpadeando.
Simón murmuró:
—Bueno, no tienen por qué tener la base en París forzosamente, ¿no les parece? Creo que deberíamos salir ya tras ellos nosotros también.
Brigitte asintió, y Simón, que iba en el asiento delantero junto al agente de la CIA que conducía, hizo una seña a éste. *Monsieur* Nez recurrió de nuevo a su propia radio:
—¿Visto vehículo hacia el sur, dirección Fontainebleau?
—*Oui, Monsieur.*
—Vamos tras él. Sigan manteniendo la distancia.
Un par de minutos más tarde, también el coche que transportaba a Baby y sus acompañantes emprendía la ruta hacia el sur por la Nacional 7 francesa.
—¿No disponemos de ningún mapa de carreteras? —preguntó Lili Connors.
—No hace falta —se volvió de nuevo Simón-París hacia ella—: conocemos bien estas carreteras. Y *Monsieur* aún las conoce mejor, naturalmente.
Nez asintió.
—Seguimos en dirección a Fontainebleau —murmuró.
Pero muy pocos minutos más tarde no hubo necesidad de comentario alguno por parte de *Monsieur* Nez cuando el vehículo perseguido, según el nuevo informe, abandonó la Nacional 7 tomando el desvío de la izquierda, hacia la localidad de Corbeil: evidentemente, el Peugeot 504 no se dirigía, en definitiva, a Fontainebleau. Pero tampoco se dirigía hacia Corbeil, localidad que dejó atrás bien pronto, siempre en ruta hacia el sur. El informe decía que se dirigía por la E 1 hacia Milly.
Pero, tampoco iban hacia Milly, pues cruzaron también esta localidad sin detenerse. Y a partir de Milly, dejaron de ir hacia el sur, emprendiendo decidida ruta hacia el oeste, por la Nacional 191, en dirección a Etampes.
—Es absurdo —murmuró *Monsieur* Nez—: si querían ir hacia Etampes no tenían por qué haber dado la vuelta por Corbeil y Milly.
—¿La ruta es ilógica, *Monsieur*? —preguntó Lili.
—Bueno, no es que hayan hecho demasiados kilómetros de más, pero, ciertamente, es ilógica. A menos que les guste pasear en

coche.

—Vamos a pararlos ya —dijo Baby—… Ordenen que un par de coches se les adelanten, para cortarles el camino unos cuantos kilómetros más adelante. Cuando eso esté hecho, nosotros nos acercaremos por detrás. La persecución ha terminado.

—Pero si hacemos eso no nos conducirán hasta su base —recordó Simón.

—Ninguno de nosotros hemos pensado en disponer del apoyo de algún helicóptero, ¿verdad? —replicó Brigitte.

—No… Bueno, teníamos un par en Orly, pero como ellos han utilizado el coche no ha sido necesario que…

—Coloque el suplemento a su radio y comuníquese con los Simones de Orly: que vengan inmediatamente hacia aquí con los dos helicópteros.

Simón-París se desconcertó, pero optó por lo más fácil e inteligente: obedecer a Baby. No porque ésta hubiese tomado el mando automáticamente al llegar a París, sino porque era bien sabido que siempre era lo más práctico.

Estaba colocando el suplemento a su radio cuando sonó la llamada:

—Están haciendo señales con los faros del coche.

—¿Qué tienen delante? —preguntó inmediatamente Lili.

—Nada. Carretera oscura. Bien, como es lógico de cuando en cuando nos cruzamos con algún vehículo. Quizás uno de éstos…

—¿A qué distancia los tienen?

—Calculo que a unos doscientos metros. Darles más cuerda podría ser excesivo en este lugar.

—El juego ha terminado: adelántenlos con uno de los coche y dispónganse a cortarles el camino inmed…

—¡Estamos oyendo un helicóptero! —La interrumpió el espía.

—¡Alcáncenlos ya! —Exclamó Baby—. ¡Simón, acelere! ¡A toda velocidad! El coche pareció saltar. El conductor puso las luces largas. Simón-París había terminado de colocar el suplemento, y estaba transmitiendo excitadamente la orden para que los dos helicópteros despegasen de Orly. *Monsieur*

Nez, por medio de su radio, ordenaba el inmediato acercamiento al vehículo perseguido. Lili Connors terminó de bajar el cristal de la ventanilla, y sacó la cabeza, mirando hacia e cielo, al aire sus falsos

cabellos rubios… En la distancia, vio las luces reglamentarias de vuelo del helicóptero.

—¡Baby! —Sonó el grito del agente de la CIA en la pequeña radio.

—¡Sí! ¿Qué ocurre ahora?

—¡Han detenido el coche, y lo han dejado abandonado en la carretera!

—¿Dónde están ellos?

—¡Se han metido en el bosque, a la izquierda de la maleza! ¡Los hemos perdido de vista!

Simón-París lanzó una maldición. El Simón que conducía aumentó todavía más la velocidad. En pocos segundos llegaron al punto donde se habían concentrado los coches de los agentes franceses y norteamericanos, algunos de los cuales corrían ya bosque adentro. Precisamente por encima del lugar al que se dirigían se veía ahora, reluciente, el helicóptero.

—¡Tomen todas las linternas de que dispongan! —gritó Lili.

Dentro del bosque sonaron secamente varios disparos, y acto seguido se oyeron gritos, confundidos con el rumor del helicóptero. Baby corría ya bosque adentro, llevando en la mano derecha su pistolita de cachas de madreperla, y en el izquierda la pequeña linterna bolígrafo sacada rápidamente del maletín, que pendía de su muñeca por medio del asa. El delgado haz de luz era suficiente para que la espía pudiera esquivar los pinos…, pero su calzado no era el más idóneo para la empresa que estaba acometiendo. Varias veces vaciló sobre los altos tacones antes de decidirse a tirar lejos de sí los zapatos, y continuar descalza.

¡Crack, crack, crack!, sonaron los estampidos de los disparos en el bosque. Baby divisó algunos fogonazos, pero eso fue todo. Se sentía disgustada, casi furiosa. ¿Por qué no habían previsto lo del helicóptero? ¿Y por qué no todos los agentes llevaban silenciador en sus armas? Seguramente, eran los franceses los que disparaban sin silenciador…

Se oía el helicóptero, pero ya no se veía su brillo por entre las copas de los pinos. Debía de haber tomado tierra, o quizás estaba suspendido sobre ésta a poca distancia…

Baby tropezó de pronto, y cayó de bruces. Es decir, habría caído de bruces completamente si no se hubiera contorsionado en el aire

de modo que rodó de medio lado, y quedó nuevamente en pie… Dirigió el delgado haz de luz hacia el obstáculo que la había derribado.

Y el pequeño círculo de luz hizo relucir los ojos de un hombre caído cara al cielo. Se arrodilló rápidamente junto a él, crispado el rostro. Lo identificó enseguida: Hans Werther. No tuvo necesidad del menor examen para saber que estaba muerto.

Varios círculos de luz, mucho más amplios que el de su linterna, iluminaron el cadáver de Werther. Detrás de las luces, que deslumbraban a Baby, sonó la voz de Simón-París:

—¡¿Está loca?! ¡No ha debido arriesgarse de este modo, ya somos suficientes para…!

—¡Sigan adelante! —le interrumpió Baby—. ¡Y si es necesario derriben ese helicóptero! ¡Sigan!

—¡Usted quédese aquí! —gritó Simón-París.

Más al fondo del bosque seguían sonando disparos…, y ahora se oían mejor, más nítidos. Lili Connors supo lo que esto significaba exactamente, y se dejó caer sentada al suelo, desalentada: si los disparos se oían mejor era porque el helicóptero se alejaba, ya no los ensordecía con su rumor. Apagó la pequeña linterna, y miró hacia el cielo por entre las copas de los pinos. Por un instante, a lo lejos, confundiéndose con algunas estrellas, vio las luces del helicóptero, y el reluciente aparato. Sólo un instante. Rápidamente, el rumor se fue alejando, hasta que dejó de oírse.

Entonces, comenzaron a oírse con escalofriante nitidez las voces de los hombres perseguidores. Por entre los pinos relucían las linternas, se veían siluetas…

Lili Connors volvió a encender su linterna, y se alumbró la planta del pie izquierdo. Torció el gesto al ver la sangre. Bueno, no sería esto lo que pondría fuera de circulación a la agente Baby desde luego.

Cuando algunos Simones y agentes franceses acudieron junto a ella, estaba terminando de colocar un trozo de esparadrapo sobre la pequeña pero molesta herida de la planta del pie. En silencio, uno de los espías americanos le tendió sus zapatos. *Monsieur* Nez, jadeante, se acuclilló junto al cadáver de Hans Werther, y procedió a registrarlo. Uno de sus hombres se hizo cargo de la pistola de Werther, que estaba a tres o cuatro pasos de éste.

—No encontrará nada que nos diga de él más de lo que ya sabemos —dijo Lili.

Nez asintió, pero continuó el registro. Del fondo del bosque llegaban los hombres que más se habían acercado a los perseguidos. Simón-París se adelantó, se plantó ante Baby, y señaló hacia atrás.

—Tenemos a uno: está herido.

—¿Los otros dos han escapado?

—Lo siento —masculló el espía.

—Vamos a tener muchas complicaciones, por culpa de esto —vaticinó Baby.

Se acercó a los cuatro hombres que transportaban al herido: Félix Roche. Por un momento, Lili Connors tuvo una esperanza, al pensar que Roche había sido el jefe del grupo. Pero, a fin de cuentas, esto era sólo una suposición suya… Se dio cuenta de que Félix Roche, suspendido por los cuatro espías, la estaba mirando, al resplandor de las varias linternas encendidas en el bosque.

—Mala suerte, Roche —dijo Baby—. Pero quizá pueda salir bien librado si colabora. ¿Hacia dónde va ese helicóptero?

Félix Roche no contestó. Lili frunció el ceño.

—¿Qué clase de heridas tiene? —preguntó.

—Le hemos alcanzado en una pierna y en un costado. Nada grave, pero suficiente para detenerlo en su carrera.

—Llévenlo a uno de los coches… ¡*Monsieur*!

Nez apareció ante ella.

—Tenía usted razón —admitió—: no he encontrado nada que valga la pena.

—Necesitamos una clínica discreta adonde llevar al herido.

—Ningún problema. Yo me ocupo de eso.

—Bien. Esperaremos los dos helicópteros, para transportar en uno de ellos al herido a esa clínica. Los demás, busquen por todo el terreno recorrido, a ver si encuentran algo digno de interés. Y despejen la carretera, que la circulación prosiga normalmente… ¡Cuidado con ese hombre! —Corrió en pos del herido—. Tiene que estar en perfectas condiciones por la mañana, cuando le visite para hacerle algunas preguntas… que tendrá que contestar.

Capítulo V

—Muy bien —sonrió la bellísima rubia, sentándose en una blanca silla junto a la cama del herido—, ya estamos juntos de nuevo, amigo Roche. ¿Cómo va eso?

Eran apenas las ocho de la mañana. En la ventana del cuarto de aquella clínica se veía la luz del sol, amarillo pálido, débil todavía. El herido, que miraba fijamente a Lili, sonrió secamente.

—Podría haber sido peor —murmuró.

—Sí —asintió Lili—, podría estar usted muerto, como su compañero Hans Werther. Eso habría sido mucho peor, cierto.

—No le diré nada —dijo Félix Roche.

—Entiendo: es usted masoquista.

—¿Qué?

—Masoquista. Está claro que le gusta pasarlo mal, y por eso se niega a cooperar. Supongo que sabe que lo va a pasar espantosamente si no contesta a mis preguntas, Roche.

—¿Quién es usted?

—La agente Baby, de la CIA. ¿Ha oído hablar de mí?

—No.

—Peor para usted. Eso me demuestra, por otra parte, que es un pobre diablo. Mire, Roche, tengo a mi disposición todos los hombres y medios de la CIA, y cuento con el apoyo del SDECE francés. Estamos trabajando juntos en esto. Queremos saber dónde está la base de las trompetas de muerte, y quién la dirige. Usted va a decirnos todo lo que sabe al respecto, se lo aseguro. Sólo se trata de que elija el modo: tortura, drogas, y cosas así… o una charla tranquila y amable. ¿Me ha comprendido?

Félix Roche, muy pálido, afirmó con la cabeza.

—¿Y bien? —inquirió Baby.

—No le diré nada.

—He oído antes de ahora y muchas veces esa frase, incluso yo

misma la he pronunciado en ocasiones. Y siempre ha sido una tontería. ¿Dirigía usted el grupo en Nueva York? Si es así, podrá decirme a quién le entregó el dinero del York Manhattan… ¿A quién?

Félix Roche apretó los labios. Por un instante, también Lili Connors los apretó, pero enseguida recuperó su gesto amable, casi sonriente.

—Es usted un pobre bobo —pareció lamentarse—, y será tratado como tal. Por última vez: ¿conversamos o prefiere decirlo todo en malas condiciones?

De nuevo Roche apretó los labios. Lili se puso en pie, y, sin decir nada más, salió de la habitación. Afuera la estaba esperando Simón-París.

—¿Qué? —preguntó ansiosamente—. ¿Qué ha dicho?

—Tendremos que tratarlo un poco mal —refunfuñó Brigitte—. Pero en su estado sería excesivamente cruel someterlo a torturas físicas…, que por otra parte siempre me han desagradado. Veremos qué drogas puede proporcionarnos *Monsieur* Nez… Por cierto: ¿dónde está?

—Atendiendo una llamada telefónica de urgencia.

—Ah… ¿De quién?

—Lo ignoro.

—¿Cree que podremos conseguir café en este lugar?

Simón afirmó con un gesto. Un minuto más tarde estaban ambos en una salita, tomando café y fumando. Nez apareció cuatro o cinco minutos más tarde. Nada más ver su expresión, Baby comprendió que algo iba mal. Muy mal.

—¿Café, *Monsieur*? —ofreció, alzando la cafetera.

—Sí, gracias —Nez se dejó caer en otra butaca—… Tenemos que soltar al prisionero.

Simón-París respingó. Lili Connors terminó de servir el café sin alterarse, mientras Simón exclamaba:

—¡Dejarlo marchar…! ¿Por qué?

—Órdenes del señor D'Estaing. Hace media hora recibió otra llamada telefónica…

—Al parecer, el señor D'Estaing es persona muy accesible —dijo sosegadamente Lili, tendiendo la taza a Nez—. Sí, ahora recuerdo que hace unos años invitó a desayunar con él en su residencia a

unos cuantos basureros franceses. Muy democrático, sin duda…, pero más democrático habría sido pagar los cien millones de francos. ¿Qué clase de amenazas ha recibido esta vez, como terrible represalia?

—Si no dejamos marchar al herido una terrible desgracia va a afectar a toda Francia.

—¿Qué desgracia?

—No ha sido especificada.

—Ya. El temor a lo desconocido… Aunque sabiendo lo que pueden hacer esas trompetas de muerte, realmente hay para preocuparse. ¿Han insistido en que pague los cien millones?

—Ahora quieren doscientos.

Lili Connors alzó las cejas, con gesto divertido.

—Son unos intereses muy altos, por un día de retraso, ¿no les parece? Bien, soltaremos a Félix Roche, claro está… Muy bueno este café, *Monsieur*.

—Si soltamos a ese hombre habremos perdido de nuevo toda pista sobre el asunto —gruñó Nez—, ya que el coche que utilizaron en Orly cuando llegaron de Estados Unidos llevaba matrícula falsa. Por el número del motor se está siguiendo su pista; al parecer, fue vendido hace un par de años en Suiza, directamente de fábrica.

—Todo pensado y bien pensado —sonrió Lili—… ¿Cómo, cuándo y dónde hemos de soltar a nuestro terco prisionero?

—Debemos soltarlo inmediatamente, poniendo a su disposición un coche. Al parecer, él sabe hacia dónde debe dirigirse. Naturalmente, hemos sido advertidos de que no debemos seguirlo, salvo que queramos complicar todavía más las cosas.

Lili Connors permaneció pensativa por espacio de un minuto largo. Luego, se puso en pie, haciendo una seña a los dos hombres para que la siguieran.

Cuando los tres entraron en la habitación ocupada por Félix Roche, éste se quedó mirándolos con hostilidad, apretando los labios. Lili ocupó la misma silla de antes, encendió un cigarrillo, y se lo tendió al herido, que la miró con desconfianza.

—Su último cigarrillo —dijo suavemente la espía—: sus jefes acaban de condenarlo a muerte, Roche.

—¿Qué?

—Han exigido y conseguido que lo pongamos en libertad.

Debemos poner a su disposición un coche, y dejarlo marchar, sin seguirlo. Es evidente que sus jefes saben que es usted un hueso duro de roer, y que todavía no nos ha dicho nada. Confían en eso, y por tanto antes de que nosotros lo… «trabajemos» adecuadamente, exigen que sea usted puesto en libertad. Pero ya no les sirve, puesto que lo tenemos identificado. Usted, ahora, es sólo un estorbo. Así que, en cuanto se les ponga a tiro en algún lugar donde ya deben de estar esperándole, lo matarán. ¿Quiere o no quiere el cigarrillo?

—No es cierto —jadeó Roche—… No me matarán. Yo ni siquiera sé dónde están ellos. Lo único que sabía era dónde deberíamos ser recogidos por el helicóptero a nuestro regreso de Estados Unidos, en aquella carretera, tras hacer señales con las luces del coche. ¡No tienen por qué matarme!

—Escuche: Werther murió, y usted está herido. ¿Sabe lo que significa esto, y que, naturalmente, sus jefes han comprendido? Significa que los cuatro han sido identificados, que sabemos mucho de ustedes, y que en un momento u otro pueden servirnos para conseguir una pista mejor. ¿No lo entiende? Werther murió, sus compañeros Delmare y Berthou han sido ya eliminados…, y ahora sólo queda usted. Es así de simple, así de fácil de comprender. Nosotros le ofrecemos un trato mucho mejor. Usted tiene que saber algo, pues de otro modo no querrían matarlo…

—¡No sé nada!

—Sabe algo, y puede recordarlo en cualquier momento. Mire, si le conservamos con nosotros toda Francia corre un riesgo, pero…

—No —jadeó Roche—… ¡No me interesa el trato de ustedes! ¡Quiero marcharme!

Lili Connors estuvo unos segundos mirando directamente a los ojos a Félix Roche. Luego, miró el cigarrillo que todavía sostenía en la mano. Despacio, lo aplastó en el cenicero, y se puso en pie.

—No llegará usted vivo a mediodía —murmuró—. Pero puesto que eso es lo que quiere, de acuerdo: dentro de unos minutos tendrá un coche a la puerta. Automático, desde luego, a fin de evitarle la fatiga de conducir, en lo posible. ¿Podrá conducir un coche automático?

—Sí… ¡Sí!

—Lo siento por usted. Adiós, Roche.

* * *

Le dolía bastante el costado herido, pero sabía que estaba bien curado y vendado, y que podría resistir perfectamente hasta llegar al punto donde sería recogido. La pierna le molestaba menos que el costado; también había sido curada y vendada, y, en realidad, apenas hacía nada puesto que era la izquierda. Le bastaba la derecha para presionar el pedal del gas o el freno.

Con frecuencia, Félix Roche se había detenido a un lado de la carretera, metiendo el coche entre los pinos, para esperar por si aparecía algún vehículo que le inspirara desconfianza, pero nada de esto había sucedido. Iba por la misma carretera de la noche anterior, y no parecía que esta vez fuese a tener problemas.

Por supuesto, a Roche no se le escapaba que aunque él no viese a nadie que pareciera seguirlo, esto podía estar sucediendo. Si estaba tratando nada menos que con la CIA y el SDECE, podían hacerlo de modo muy sofisticado. Incluso, pensó sonriendo, podían haber colocado un emisor de señales en el coche. Emisor que no serviría de nada cuando él abandonase el coche al ser recogido por el helicóptero.

* * *

Un par de kilómetros por detrás de Félix Roche un motorista viajaba también por la Nacional 191, conduciendo con magnífica pericia una formidable Yamaha de 500 centímetros cúbicos. El motorista llevaba un casco rojo, y vestía un llamativo «mono» del mismo color. El cuentakilómetros de la poderosa máquina señalaba setenta por hora solamente; era como utilizar un caballo de carreras para tirar de un carro, pero el motorista no aumentaba la velocidad: se mantenía en todo momento a la misma distancia de Félix Roche. ¿Cómo podía conseguir esto? Pues, no perdiendo de vista el pequeño aparato detector de señales que llevaba adherido junto al cuentakilómetros, y manteniendo en todo momento la misma intensidad de la señal que le llegaba procedente de Félix Roche. Mientras la señal tuviese aquella intensidad, sabía que Roche estaba a dos kilómetros.

¿Funcionaba bien el receptor?

Para saberlo, el motorista se lanzó de pronto a cien por hora, ciento veinte, ciento cuarenta… La intensidad de la señal aumentó. Redujo la velocidad, y de nuevo la señal fue como antes. Todo perfecto. La señal que emitía Félix Roche podía ser captada en un radio máximo de veinticinco kilómetros… El motorista estaba convencido de que con la Yamaha podría seguir en todo momento a Félix Roche. Y si finalmente algo fallaba, entrarían en servicio todos los receptores que estaban ya dispuestos para rastrear, si era necesario, toda Francia.

Una cosa era segura: fuese a donde fuese Félix Roche, la señal sería recibida tarde o temprano, y Roche localizado…, salvo que, como era de temer, lo eliminasen antes de llegar a su punto de destino. Entonces, probadamente, nada habría servido de nada, ya que…

La señal aumentó de pronto en intensidad una vez más. Vaya. Roche había vuelto a detenerse para asegurarse de que no era seguido. El motorista abandonó la carretera, detuvo su máquina, y se quitó el casco, que le molestaba extraordinariamente… Una cascada de rubios cabellos cayó sobre los hombros del motorista. Unos ojos verdes, preciosos, se entornaron bajo el sol matinal. Nadie en la carretera, en aquel momento.

Lili Connors sacó la radio de bolsillo, dispuesta para alcance ordinario de veinticinco millas.

—Hola —saludó—… ¿Siguen recibiendo las señales?

—Todo bien. Sigo pensando que está usted loca, pero todo va bien… por ahora.

—Tranquilo, Simón. Estoy descansando ahora: Roche se ha detenido una vez más, y… Llamaré dentro de un minuto.

Cerró la radio, y aguzó el finísimo oído. Remoto, llegó el zumbido de un helicóptero. La bella motorista guardó la radio, y puso de nuevo en marcha la máquina. Muy bien: tal como había sido previsto, acudían al encuentro de Félix Roche. Sólo existía una duda al respecto: ¿acudían para recogerlo y ponerlo a salvo, o… para eliminarlo?

* * *

Aproximadamente a kilómetro y medio del motorista, Félix Roche,

que ya había abandonado el coche, hacía señas al helicóptero que relucía con fuertes destellos. El aparato descendió, lentamente, como si el piloto estuviera indeciso. Roche agitó los brazos más frenéticamente, soportando el intenso dolor en el costado.

—¡Eh! ¡Eeeeh! ¡Aquí! ¡Aq…!

De pronto, Félix se llevó las manos a las orejas, y cayó de rodillas como fulminado. Su rostro se distorsionó horriblemente, pareció que sus ojos fueran a saltar de las órbitas. Dentro de su cuerpo unos espantosos calambres le provocaron un dolor insufrible y unas tremendas náuseas, que a su vez provocaron una tremenda vomitera que parecía capaz de vaciar el cuerpo absolutamente de todo su contenido visceral.

Félix Roche rodó por el suelo, agitándose horriblemente, hasta que una tremenda bocanada de sangre siguió a la vomitera anterior. Los ojos saltaron de las órbitas, y Félix Roche quedó inmóvil.

* * *

Un kilómetro escaso más atrás, la bella motorista sacudió la cabeza al sentir aquella presión en los oídos. ¡Aquel maldito casco…! El ligero calambre en su estómago le hizo comprender, de pronto, que posiblemente «el maldito casco» acababa de salvarle la vida, al proteger sus oídos de la total percepción del infrasonido. En cinco metros escasos, Lili Connors realizó lo que más bien era una acrobacia que una maniobra de motocicleta, el conseguir invertir el sentido de la marcha. La cabeza le dio vueltas… ¿O sólo fue «una» vuelta? Se vio fuera de la carretera, circulando peligrosamente entre pinos. Seguía la presión en los oídos, el ligero calambre…, y comenzaba a sentir unas leves náuseas.

Sorteando árboles y arbustos, regresó a la carretera, y dio toda la velocidad a la Yamaha, en su intento de alejarse cuanto antes y lo máximo posible del helicóptero que pocos segundos antes había estado mirando. Durante un kilómetro aproximadamente, la protección del casco y la distancia mantuvieron a salvo a Lili Connors, las molestias comenzaron a decrecer. Pero, de pronto, en uno de los retrovisores de la motocicleta vio el helicóptero, acercándose, persiguiéndola.

La presión en los oídos volvió. La visión se nubló.

Los calambres y las náuseas volvieron. Lili Connors comenzó a ver a su alrededor árboles que giraban, cielo azul gris, carretera, más árboles… Estaba pasando entre pinos y más pinos, que veía borrosamente. Había, en el fondo de su mente, una advertencia: reduce la velocidad, o vas a partirte en dos contra un pino…

Redujo la velocidad a toda prisa.

Vio el pino frente a ella, movió el manillar… La rueda de atrás de la Yamaha tocó algo, y la máquina giró. Lili Connors salió despedida, voló cuatro o cinco metros, cayó de cabeza al suelo, todavía protegida por el casco, rodó, chocó de costado contra un pino, se puso en pie…, y cayó como fulminada.

Cuando dos hombres vestidos con un extraño «mono» completo, de cabeza a pies, y con sólo unos grandes cristales ante los ojos la recogieron para trasladarla al helicóptero que había aterrizado a poca distancia, un hilillo de sangre se deslizaba desde la cabeza de la bella motorista por un lado del rojo casco…, que era menos rojo que la sangre.

Capítulo VI

Tardó unos segundos en comprender que la habían despertado los ladridos de unos perros.

Se quedó mirando el techo. Era de piedra, y muy alto. A un lado, vio un extraño ventanal, más alto que ancho. Se quedó mirando el rectángulo de cielo azul. Y de pronto, se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Pero, nada más alzar un poco la cabeza, vio el «mono» rojo, sobre una enorme cama muy alta.

Se sentó, llevándose una mano a la frente, y notó entonces el vendaje. Lo palpó cuidadosamente, y recibió la señal de dolor al deslizar los dedos por la frente, ligeramente por encima de la línea del cabello. Recordó el casco.

Indiscutible: le debía la vida. No sólo por su protección contra la caída, sino contra aquella presión en los oídos…

Se puso en pie rápidamente, respingando… En un espejo colocado sobre un lavamanos se vio de cintura para arriba, todavía vibrando sus hermosísimos senos. Se acercó al espejo, y se miró, lentamente, sombríamente. Muy bien: allá estaba Brigitte Montfort. No la rubia Lili Connors, sino Brigitte Montfort, morena, con sus hermosos ojos azules. Las cartas boca arriba.

Se vio pálida, desmejorada. Y se dijo que era un auténtico milagro que no se hubiese matado.

Muy bien, el hecho cierto era que estaba viva. Pero ¿dónde? Se acercó a la ventana, y echó un vistazo por ella. El muro era muy grueso. Abajo vio una pequeña plaza, de suelo de grandes losas de piedra. Unos cuantos perros ladraban alegremente alrededor de varios jinetes, con atuendo de tales: botas altas, pantalón abombado, chaqueta deportiva… La atónita mirada de Brigitte se fue desplazando en todo cuando podía abarcar.

—Cielos… ¡O estoy soñando o estoy en un castillo!

Y de pronto, recordó que estaba en Francia, no en Estados

Unidos. Muy bien, un castillo: nada extraordinario en Francia. Estaba en la habitación de un castillo, con ventana al… patio de armas, en el que había ahora unos cuantos jinetes, y ladraban unos perros… Un castillo en alguna parte de Francia.

De acuerdo.

Regresó junto al enorme lecho, recogió el «mono», y se lo puso, sin preocuparse por el hecho de que el resto de sus ropas hubiese desaparecido. Era suficiente con el «mono».

Se acercó a la puerta de roble, gruesa, solidísima, enorme, insalvable. Los perros ya no ladraban. Ahora se oía relinchar de caballos.

—No importa dónde esté —se dijo—: Simón me encontrará. Y no tardará mucho.

Seguro que la encontrarían. Era muy fácil, por la sencilla razón de que ella había ingerido un pequeño pero potente emisor de señales. A Félix Roche no se lo habían colocado en el coche, sino, ya la noche de su captura, en la primera cura efectuada en el quirófano de la clínica, dentro de la herida del costado, a instancias de la propia Lili Connors. Por eso, habrían podido seguirlo en todo momento, o, al menos, aunque perdiesen la señal temporalmente, rastrearlo hasta recuperarla. Y lo mismo pasaría con ella: merced al emisor que tenía en el estómago, Simón y Nez la encontrarían, no tardando mucho. Toda una red de equipos de detección debía de estar funcionando en aquellos momentos en busca de la agente Baby…

¿Y Félix Roche?

La divina espía no tenía la menor duda al respecto: lo habían eliminado, por supuesto. Y si ella había escapado a las ondas de baja frecuencia que habían matado a Roche a más de un kilómetro, lo debía al casco protector de motorista. Y a que se hallaba a mayor distancia, claro. Por eso sólo había sentido la presión y unas leves molestias. Pero cuando la habían perseguido…

El helicóptero. Muy bien, la habían cazado, la habían llevado a aquel castillo.

¿Y ahora?

Volvió a mirar por la ventana que daba al viejo patio de armas. No vio a nadie. Ni una persona, ni un perro, ni un caballo. El silencio era total ahora.

Por la altura del sol calculó que debía de ser alrededor de mediodía. Poco más.

Había un armario en la habitación, enorme, vetusto; dentro no había nada, estaba completamente vacío. Es decir, que no disponía más que del «mono».

Le habían quitado todo lo demás: la moto, el casco, el maletín que portaba en el sillín de atrás, la pistolita, el receptor de señales, la radio… ¡Todo!

Volvió a tocarse la cabeza. No parecía que fuese nada grave, desde luego.

¿Milagro? Nada de milagros, los milagros no existen: suerte, su grandiosa, increíble suerte de siempre.

Se tendió en la cama, de grueso colchón que al principio le pareció muy confortable, pero que luego pareció engullir su cuerpo. ¡Cielos, un colchón de lana!

Quince o veinte minutos más tarde se sentó rápidamente en el borde de la cama, al oír unos ruidos fuera de la habitación. A los pocos segundos la puerta se abrió, y entraron dos hombres, vestidos de modo corriente, vulgares; incluso en el hecho de que uno de ellos empuñaba una pistola provista de silenciador. El otro portaba una bandeja con comida.

—Ah, ya se encuentra mejor —dijo éste, en francés—… Le traemos algo de comida.

—¿Qué significa esto? —preguntó entre irritada y «afrentada» Brigitte—. ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes?

—Es inútil que finja —dijo el de la pistola—: tenemos todas sus cosas, y sabemos muy bien a qué atenernos con respecto a usted Y si está viva se debe exclusivamente a que nuestro jefe quiere saber cómo consiguieron ustedes la pista de Félix y los otros.

—Muy bien —sonrió Brigitte—… De acuerdo. ¿De modo que ya he llegado hasta Vástago?

—¿Quién?

—Vástago. Yo llamo así a su jefe, sea quien sea. Claro que me gustaría saber su verdadero nombre, y otros datos… ¿Quién es?

—Luego hablará con él. Disfrute de su almuerzo. Si echa de menos algo en esta bandeja, sólo tiene que pedirlo. Por el momento tenemos órdenes de ser amables con usted.

—Eso me parece magnífico. —Brigitte se acercó, echó un vistazo

al contenido de la bandeja, y se quedó mirando la pequeña botella de vino, que señaló, preguntando—: ¿Es de la región?

—¿El vino? Es un…

—Cállate —dijo el otro, secamente—. Deja la bandeja por ahí y salgamos. No nos compliquemos la vida.

—Sólo he preguntado si el vino es de la región —protestó Brigitte—… ¿Qué tiene eso de malo?

No recibió respuesta. La bandeja fue depositada sobre uno de los butacones, y los dos hombres salieron, cerrando la insalvable puerta de roble. Brigitte se resignó. Tampoco ella quería complicar las cosas, de momento. Y no le haría ningún daño almorzar; al contrario, cuanto más calor acumulara en su estómago mejor funcionaría el emisor que se había tragado antes de partir en pos de Félix Roche… En cuanto a éste, seguramente Simón y Nez habrían encontrado ya su cadáver…, siempre y cuando se hubiesen acercado a Roche antes de que su cuerpo se enfriase y como consecuencia el emisor dejase de funcionar.

Tranquilamente, Brigitte almorzó, y luego, a falta de nada mejor que hacer decidió echar una siesta. Nunca venía mal estar descansada y despejada.

Esta vez fue despertada por el rumor de motores de automóvil. Saltó de la cama, y corrió hacia la ventana. Tuvo que encaramarse un poco, asiéndose a los barrotes, para ver los dos coches en el patio de armas, justo en el momento en que comenzaban a rodar. Los dos vehículos salieron por un gran portón, y poco después todo era de nuevo silencio. Quince minutos más tarde, los dos hombres ya conocidos entraron de nuevo en la habitación.

—Venga: la están esperando.

—¿De manera que han estado esperando a que se fueran las visitas para conversar conmigo?

Esta vez, los dos hombres empuñaban armas. Uno de ellos movió la suya hacia la puerta.

—Abajo —ordenó.

Brigitte salió de la habitación, a un amplio pasillo en el que se veían varias puertas más, idénticas a la de su habitación. Una amplia escalinata, por supuesto de piedra, descendía hacia el vestíbulo del castillo. Brigitte se dio cuenta pronto de que en las paredes había marcas más claras, correspondientes, sin duda, a las

señales dejadas por grandes cuadros que habían permanecido colgados mucho tiempo antes de ser retirados. Abajo apenas había muebles. Del techo pendía un conjunto de simples bombillas. En otra pared distinguió la señal dejada por un enorme cuadro que… No, debía de ser la señal de un tapiz.

—¿Qué pasa? —Miró a sus guardianes—. ¿Tuvieron que venderse los cuadros para poder comer? Eso es chocante, teniendo en cuenta que disponen de caballos y de perros de caza. Una cosa no encaja con la otra, me parece a mí.

No recibió respuesta. Llegaron los tres ante una enorme puerta doble. Uno de ellos llamó con la culata de la pistola, y luego empujó una hoja. Brigitte entró.

Enseguida vio a Vástago. Bastaba una simple mirada para comprender que en aquel castillo sólo aquel hombre podía dar órdenes. Alto, hermoso, elegante, de unos cuarenta años, de grandes ojos oscuros e inteligentes, boca suave y sonriente, tostado por el sol… Su traje debía de haber sido cortado por el mejor sastre de Europa. Sus cabellos solamente debían de ser arreglados por el mejor peluquero, siempre el mismo. Clase, distinción, inteligencia. Así era Vástago…, que mientras Brigitte le contemplaba se dedicaba a escuchar los cuchicheos que vertía en sus oídos uno de los vigilantes. Lo que dijo el hombre debió de divertirle, porque sonrió, casi rió, mientras asentía con su cabeza de nobles líneas. Murmuró algo, los dos hombres fueron a colocarse ante la puerta, ahora cerrada, y él se acercó a Brigitte. Sólo verlo caminar era un espectáculo de elegancia.

—Debo admitir, señorita, que me resulta usted tremendamente simpática e interesante. Su pequeña argucia al preguntar si el vino era de la región, para saber, por medio de la etiqueta de botella dónde se encuentra usted, me ha divertido. Su comentario sobre la ausencia de cuadros y tapices refleja gran perspicacia, y debo decirle que se ha acercado mucho a la verdad. Pero, lo que más me ha divertido ha sido el nombre que me ha asignado: Vástago.

—De algún modo tenía que llamarlo. ¿Usted es quien dirige todo esto?

—En efecto. Dígame. ¿Por qué me ha bautizado con el nombre de Vástago?

—Es el nombre que dimos al aparatito que sus hombres

colocaron en el banco de Nueva York. Y lo llamamos así porque supusimos que disponía usted de hermanitos mayores…, y hasta, posiblemente, de un cabeza de familia. De modo que aquel juguetito, era un vástago.

—¡Muy interesante! —rió Vástago.

—Pero sería más interesante saber quién es usted realmente, señor… señor…

—¡Lo de Vástago está bien, es suficiente! —rió de nuevo el bello personaje, cuya pronunciación del francés era impecable—. No hace falta que intimemos más.

—¿Por qué ha esperado a que se fueran las visitas para conversar conmigo? ¿No ha querido que ellos supieran que está teniendo complicaciones?

—¡Ah! —Exclamó Vástago—. ¡Ah, es usted realmente perspicaz…!

—No soy perspicaz, señor: soy inteligente.

Vástago frunció simpáticamente el ceño un instante.

—Sí —admitió—, debe de serlo, sin la menor duda. Inteligente… y audaz. Hace falta valor para subirse en una motocicleta y rastrear a Félix, sabiendo que sólo podría tener dificultades.

—Mis dificultades estaban previstas.

—Sí, sí, lo sé… Desdichadamente para usted, esas previsiones no le han servido de nada. Una de las primeras cosas que hicieron mis hombres cuando la recogieron fue darle un vomitivo, de modo que, inconsciente y todo, expulsó usted de su estómago un pequeño aparatito que supongo es un emisor de señales… Véalo.

Lo sacó pulcramente de un bolsillo interior, envuelto en un trozo de tela blanca. Sonrió al ver el levísimo gesto de sobresalto de Brigitte, y señaló hacia un lado del enorme salón, hacia donde se desplazó. Brigitte le siguió. Había allí una mesa, y, sobre ésta, todo el contenido de su maletín: pasaportes, dinero, el cepillo para el cabello, el secador, la cámara fotográfica, los pequeños gemelos de teatro que eran a la vez un visor para microfotos y diapositivas, el peine con punzón oculto, los tarros de crema facial bajo la cual llevaba cápsulas de gas… Todo. Y también estaba allí la radio, la pistolita de cachas de madreperla…

Todo.

Brigitte miró fijamente a Vástago, en silencio. El hombre sonrió

amablemente.

—Tengo la impresión —dijo— de que acabo de obtener una… pieza desusadamente importante. No sólo por lo sofisticado de su armamento y equipo en general, sino por los pasaportes. Estuve dudando bastante, no crea. ¿Quién era usted, cuál de las tres mujeres cuyos pasaportes había en el doble fondo del maletín? ¿Era usted la rubia Lili Connors, la trigueña Galina Cherkova, rusa, o la morena de ojos azules Brigitte Montfort, norteamericana como Lili Connors? Francamente, estaba maravillado. Decidí… examinar su cuerpo y todo su equipo, y, según entiendo, tengo ante mí a la señorita Brigitte Montfort, periodista, americana. ¿Cierto?

—Quizás.

—Bueno —rió Vástago—, su aspecto genuino es el de Brigitte Montfort, de modo que la llamaré así. Y ahora, señorita Montfort… ¡Oh, por favor, siéntese, se lo ruego!

—Gracias.

Se sentó Brigitte, y lo hizo acto seguido Vástago, que sacó una elegante y sobria pitillera de piel y ofreció a Brigitte. Ya fumando los dos, Vástago insistió, completó la pregunta:

—Y ahora, señorita Montfort, dígame: ¿cómo consiguieron ustedes la pista de Félix Roche y los otros tres? ¿Qué pasó exactamente? Se lo digo —su sonrisa se enfrió un poco— porque a menos que su información me tranquilice, no tendré más remedio que utilizar en serio… a un hermanito mayor del vástago. ¿Comprende?

—Sí.

—¿Y bien?

—Leí en un periódico de Nueva York lo del atraco, y me llamó la atención que los empleados del banco y los clientes hubiesen sufrido todos los mismos efectos, tan… espectaculares. De modo que me las arreglé para ir al banco, enterarme de que un día antes del atraco habían cambiado un acondicionador de aire, y finalmente miré en el interior de éste. Vi el vástago, comprendí que los atracadores volverían a por él tranquilamente, y unos amigos y yo los esperamos.

Vástago estaba con la boca abierta, estupefacto.

—¿Realmente? —exclamó—. ¿Así fue?

—Así fue.

—Pero… ¡eso es fantástico! ¡En verdad es usted inteligente, señorita Montfort!

—Sí, lo soy.

Vástago se echó a reír.

—¿Sabe? ¡Es muy posible que esa inteligencia le salve la vida! ¡Sería un tremendo desperdicio matarla, naturalmente!

—Sin la menor duda. Un desperdicio estúpido.

—Sí… ¡Creo que se la regalaré a Espectrus!

—¿A quién?

—A Espectrus. Bueno, claro, usted no sabe de quién le estoy hablando… Es un amigo. Un amigo… extraordinario y especial, que me prestó dinero para mis proyectos y que…

—… ¿Y que ya ha cobrado su préstamo gracias al atraco del York Manhattan Bank? ¿Fue a él a quien Roche y los demás le entregaron el dinero sin necesidad de haber tenido que transportarlo desde Europa?

—¡Exactamente! —exclamó Vástago.

—Lo que significa que ese Espectrus está en Estados Unidos, no aquí. ¿Está él preparando algo similar a lo que usted ha puesto en marcha en Francia?

Vástago iba de pasmo en pasmo.

Estuvo unos segundos mirando en silencio a la divina espía, como incrédulo.

—No —dijo por fin, moviendo la cabeza—… Espectrus no tiene nada que ver con esto. Simplemente, es un amigo que me hizo un favor, y que yo le he devuelto ya en su aspecto… crematístico. Pero no moralmente. Y dadas las características de Espectrus estoy seguro de que apreciaría muchísimo que le regalase un ejemplar como usted para sus… estudios. Pero dejemos eso: llamaré luego a Espectrus a Estados Unidos y le diré que le voy a enviar como regalo una señorita inteligentísima llamada Brigitte Montfort, residente en Nueva York, periodista, norteamericana, etcétera… Bueno, tengo todos sus datos en el pasaporte. Hablemos de nosotros, de lo actual y presente. ¿Debo entender que los hombres que la han estado acompañando son periodistas, como usted misma?

—Sí, naturalmente.

—Señorita Montfort, no tengo interés alguno en lastimarla, se lo

digo con toda sinceridad. Prefiero que llegue sana y entera a las manos de Espectrus. Pero si se obstina en no informarme de las verdades que yo necesito a fin de tomar mis precauciones no tendré más remedio que… molestarla. ¿Me comprende?

—Trabajo para la CIA. Los hombres que me han estado apoyando son de la CIA y del SDECE.

Vástago parpadeó.

—¿La han estado «apoyando» a usted? ¿Quiere decir que todo esto, realmente, lo ha estado dirigiendo usted personalmente, usted sola?

—Sí.

Vástago volvió a parpadear.

—Muy bien —murmuró—. ¿Qué más saben sus amigos aparte de todo lo que ha quedado demostrado hasta ahora?

—Nada más.

—Es decir, que la han perdido a usted y por si esto fuera poco han quedado completamente desorientados.

—Eso me temo.

—Bueno, no se preocupe demasiado —sonrió Vástago—. Ya he dicho que la voy a obsequiar sana y salva a un amigo, de modo que su supervivencia está garantizada…, por el momento, claro. En cuanto sus compañeros de la CIA y sus colegas del SDECE, créame, es mejor que estén desorientados, porque si alguien me causa la más pequeña molestia Francia entera lo lamentará… antes que el mundo.

Brigitte sintió como una bola de frío en el estómago.

—¿Antes que el mundo? —murmuró—. ¿Qué quiere decir?

—Le diré primero otra cosa: sería una estupidez que usted intentase escapar de mi castillo. Evidentemente, si es una espía, debe de estar bien entrenada para resolver dificultades de varias clases, pero en este caso hay una que no podría resolver: salir del castillo… Con seguridad, aunque usted fuese tan hábil de desembarazarse de mis hombres, mis perros la destrozarían antes de que llegase a los muros exteriores, que, por otra parte, son insalvables. ¿Lo comprende?

—Por supuesto. Debo portarme como una correcta y muy educada invitada.

—Me gusta usted… ¡De veras! Y no sólo en su aspecto…

intelectual, sino también en el físico. Lamentablemente, en estos días no dispongo de tiempo ni me siento ambientado para dedicarme al sexo.

—Usted se lo pierde —sonrió Brigitte.

Vástago se echó a reír, y se puso en pie, mirando su reloj de pulsera, siempre con gestos sobrios, elegantes.

—Por otra parte —añadió—, la sola idea de que usted pueda superarme en algo es sencillamente descabellada, espero que ya haya comprendido esto.

—¿Quiere decir que se considera muy superior a mí… en todos los aspectos?

—Naturalmente. En todos… ¡Por supuesto!

—Reciba mi más admirada enhorabuena, bello genio.

Vástago volvió a reír. Miró otra vez su reloj de pulsera, se acercó a Brigitte, y le tendió una mano.

—Venga. Vamos a ver la televisión un rato. Y espero que el señor D'Estaing haya recapacitado de modo inteligente sobre sus escasas posibilidades de enfrentarse a mí.

—Esperemos que sí —dijo Brigitte—… ¡Ese pobre hombre! Me pregunto cómo osó negarse a obedecerle… ¡Desdichado! ¡Y pensar que un hombre así es presidente de Francia!

—¡Acompáñeme! —rió una vez más Vástago, ofreciendo su brazo a Brigitte—. ¡Se está ganando usted todas mis simpatías, así que voy a permitirle disfrutar de un… electrizante programa de televisión!

Capítulo VII

Cinco minutos más tarde Brigitte se hallaba en los sótanos del castillo, y, nada más poner los pies allí, comprendió adónde habían ido a parar los cuadros y tapices que faltaban en las dependencias de los pisos superiores: habían sido convertidos en dinero para poder adquirir todo aquel conjunto de sistemas electrónicos y aparatos de toda clase que ocupaban el enorme sótano.

—Ya sé —dijo Vástago— que esto no puede compararse a las instalaciones de la NASA, por ejemplo, pero, en resumidas cuentas, tampoco necesito más para ser más poderoso que la NASA, y que cualquier ejército de este planeta.

Brigitte se limitó a mirarlo de reojo, sin hacer comentario alguno. La fatuidad de Vástago era evidente, pero quizás estaba bien cimentada… Quizás.

Por el momento, sabía que disponía de unos aparatos que podían ocasionar muertes en quinientos metros a la redonda del lugar donde funcionasen. Y en un círculo de quinientos metros de radio, dentro de una ciudad, había muchas, muchísimas personas… Esto, sin contar con la posibilidad de que dispusiera de «hermanitos mayores» de superior potencia, cosa que no había que descartar.

En el sótano había no menos de una docena de hombres, que atendían en silencio el funcionamiento de los diversos aparatos. Vástago se detuvo ante un grupo de éstos que parecían pequeños morteros.

—Aquí tiene usted unos cuantos Hertz. Observará que su mecanismo de disparo es más abultado que un mortero convencional. Pero además, no disparan granadas: solamente, ondas hertzianas. ¿Entiende usted algo de esto, señorita Montfort?

—Poca cosa.

—Lástima. Pero intentaré explicárselo de modo que sus pobres luces alcancen a comprenderlo. Estas máquinas, simplemente,

disparan sonido; infrasonido, para ser exactos. Están montadas sobre la base de emitir hasta la potencia de 200 Hz. Su potencia puede regularse, naturalmente, pero, si hacemos descender el infrasonido al mínimo, esto es, a los 200 Hz, podemos conseguir derribar completamente la Torre Eiffel…, lo cual, como bien sabe, ya ha quedado demostrado en parte. Fuimos… prudentes con la Torre, pero podemos… cambiar de idea, y derribarla como si fuese de pasta de galleta en cuestión de segundos. Con todo, estos son… pequeños vástagos, realmente. Venga a ver estos otros.

La condujo delante de lo que parecían pequeños cañones. La espía no necesitaba más explicaciones, viendo el superior tamaño de los artefactos, pero Vástago estaba en plan amable, confidencial.

—Con estos Hertz, podemos descender hasta los 50 Hz. Le describiré su poder en pocas palabras, para que me entienda: con uno solo de estos Hertz puedo hundir, agrietar, partir cualquier obstáculo, desde un bloque compacto de cemento de cien mil toneladas, que se resquebrajaría como si fuese de azúcar, hasta… desguazar, triturar la más poderosa nave de guerra fabricada en el mundo hasta el momento presente. Esto sin contar con que los efectos de las ondas causarían una mortandad humana de proporciones espeluznantes, considerando que la expansión del infrasonido podría alcanzar quizá cincuenta kilómetros de radio. ¿Se lo imagina?

—Me temo que sí —susurró Brigitte.

—Estupendo. ¿Sabía usted que, por ejemplo, Estados Unidos dispone de unos Hertz cuyos tubos acústicos tienen una longitud superior a los veinticinco metros, y cuyo descenso en las ondas hertzianas es inferior a la escala 4?

—No. No lo sabía… No.

—Pues así es. De modo que Estados Unidos, y otros países más discretos, saben muy bien con qué les estoy amenazando, y eso los tiene aterrados. Piense una cosa: si yo instalo uno de mis Hertz en una colina cercana a la ciudad de Washington, y disparo hacia la ciudad, ésta quedaría convertida en ruinas, y todos sus habitantes muertos. Esto, en cuestión de segundos. ¿Lo comprende?

—Sí. Lo que no comprendo es qué pretende usted con todo esto. ¿Qué busca, qué espera conseguir? ¿Cuál es su objetivo… final?

—Inteligente pregunta. ¿Qué diría usted si yo dispusiera de un

tubo acústico de… pongamos cincuenta metros de longitud con una frecuencia debajo de la escala 1 de ondas hertzianas?

—Diría que el solo hecho de… de pensar en construir un artefacto así es… una monstruosidad. ¡Sólo el hecho de pensar en la construcción de semejante «trompeta de muerte» merecería que usted fuese ejecutado!

—Ah… Ya veo que se ha dado cuenta del increíble, inexplicable poder de una trompeta de muerte, como usted dice, de cincuenta metros de tubo en longitud con un diámetro, pongamos, de… tres metros. ¿Hasta dónde llega su imaginación respecto al poder de ese tubo acústico, de esa trompeta de muerte?

—No sé… Sólo puedo pensar que sería monstruosa. ¡Podría acabar con toda la Humanidad!

—¿Con la Humanidad? —Vástago se echó a reír—. ¡Se ha quedado usted corta, señorita Montfort, muy corta, en su fantasía…! ¡Un tubo acústico de esas dimensiones, dotado de la suficiente potencia de vatios y con un infrasonido inferior a la escala 1 podría hacer mucho más que terminar con toda la Humanidad!

Brigitte frunció el ceño.

—¿Más? —susurró—. ¿Qué más se puede hacer?

Vástago entornó los párpados, y miró amablemente a la espía americana. Sonrió como un niño travieso, y la tomó de un brazo.

—Vamos a ver la televisión… ¿Pregunta usted qué más se puede hacer? Pues bien, voy a decírselo, en parte: se puede hacer mucho más, y lo demostraré si antes de un mes no he recibido la sumisión absoluta e incondicional de todos los países del mundo. Dentro de una semana, seré coronado Emperador de Francia; luego, desde París, dirigiré el nuevo mundo que estará a mis pies. Y no es una frase en metáfora —rió—… ¡Todo el mundo estará a mis pies! Y a los pies de Francia, naturalmente. ¿Quiere saber qué más se puede hacer, aparte de acabar con toda la Humanidad? Se lo diré: se puede acabar con el planeta Tierra. Si yo disparase un tubo acústico de cincuenta metros de largo, tres de diámetro, respaldado por la correspondiente potencia, el planeta tierra se resquebrajaría, se… abriría como una nuez bajo e impacto de un martillazo. Y naturalmente, después de esto, no existiría ya Humanidad alguna, ni existiría planeta Tierra…, salvo algunos trozos que se perderían

en el espacio. ¿Sabe lo único que me tiene intrigado?

—¿Qué?

—¿Qué pasaría con el mar? ¿Adónde iría si el planeta estallase? Porque la Tierra, convertida en guijarros, se esparciría por el universo, claro, pero… ¿y los mares? ¿Adónde irían los mares? ¿Se le ocurre a usted algo al respecto?

Brigitte suspiró profundamente.

—No, no se me ocurre.

—Bueno, tengo algunos científicos estudiando esa parte de la cuestión, así que pronto tendré al menos algunas teorías…

—¿Acaso dispone de ese tubo acústico de cincuenta metros con potencia 1 Hz en el infrasonido? —exclamó la espía.

—¿Le parece a usted que es posible tener un tubo de esa envergadura?

—No lo sé… ¿Lo tiene?

Vástago se acarició la barbilla, pensativo, pero con gesto divertido.

—Podría tenerlo, sí… Quizás haciéndolo por secciones en Alemania, y luego soldando aquí esas secciones, cada una de ellas más y más profunda, de modo que el extremo, hundido, apuntase hacia el centro de la Tierra. ¿Cree que podría tenerlo? En ese caso, sólo me faltaría el mecanismo eléctrico con la suficiente potencia para conseguir ese infrasonido de la escala 1 Hz, ¿no le parece? Sin embargo, ese equipo sería carísimo… ¡Carísimo! Por ejemplo: cien millones de francos. O quizá doscientos. ¿Le parece posible?

Brigitte Montfort estaba lívida, sentía el rostro como helado. No era la primera vez que se encontraba con un personaje de la catadura demencial de Vástago, pero sus posibilidades de hacer el Mal siempre habían tenido un determinado límite. Las de Vástago no tenían límite: todo el planeta Tierra.

Punto final. Pero… ¿qué estaba pensando? ¡Eso no podía ser de ninguna manera! ¿Cómo había de conseguir un chiflado como aquel un tubo de aquellas dimensiones capaz de soportar él mismo la potencia destructiva del sonido en baja frecuencia…? Claro que no.

No. Vástago no podía, seguramente…, pero ¿y Estados Unidos? ¿Y Rusia? ¿China, tal vez? ¿Alemania?

De pronto, Brigitte se echó a reír, y Vástago, que la contemplaba con interés, mostró su sorpresa alzando las cejas.

—¿He dicho algo que la divierta? —Se mosqueó levemente.

—Por el amor de Dios, ¡están todos locos! ¡Todos ustedes están locos! Pero no… No me refiero a usted y a sus hombres. Y ni siquiera hablo de la locura habitualmente reconocida, esa que nos lleva al psiquiatra o al manicomio… ¡Cielos, ésos no son los verdaderos locos! ¡Son ustedes, los… genios ambiciosos! Y quienes los controlan, alientan y protegen para que inventen… atrocidades. ¿Qué es lo que espera usted? ¿Ser Emperador de Francia, del mundo…? ¡Pero si es más divertido ser acróbata, por ejemplo! O portero de un cine, o director de orquesta, o payaso, o niño, o abuela, o *catcher* de un equipo de *baseball*, o floricultor, o… o pájaro, o perro, o flor, o nube…

—Está usted loca —mascculló Vástago—… ¡Completamente loca!

—En ese caso —rió Brigitte—, ¡no hará falta que me envíe como obsequio a su amigo Espectrus! ¿Qué haría con una loca ese otro genio? Porque sin duda Espectrus es otro genio, ¿verdad? ¿Y qué busca él, qué pretende él? ¿Ser adorado por todo el mundo como el genio más genio de todos los genios? ¿Qué está inventando o descubriendo? ¿El modo de que los humanos podamos volar, el secreto de la salud eterna, o quizá de la bondad pura, o quizás está descubriendo el origen de la Vida y del Hombre y las moscas?

—Quiero creer, señorita Montfort, que el miedo la ha trastornado a usted transitoriamente. Serénese.

—¿Que me serene… yo? ¡Zambomba, es usted el tipo más divertido que he conocido en toda mi vida! ¿Qué es lo que quiere? ¿Acabar con el mundo si no lo coronan Emperador? ¡Pues ya puede empezar a preparar su enorme trompeta de muerte, porque los que ya son emperadores del mundo no le traspasarán a usted el cetro! ¿Cuántos años se ha pasado tras esto? ¿Cinco, seis, ocho…? ¡Pero hombre, si debe de hacer mucho más tiempo que los actuales «emperadores» ya tienen su trompeta de muerte, del mismo modo que tienen muchas otras armas…! ¿Y cree que le darán el planeta? ¡Antes de eso harán lo que usted tiene en proyecto! ¡Lo reventarán!

—Se ha desquiciado usted. Será mejor que se retire a descansar…

—¡No! ¡Claro que no! Por favor… ¿No quería invitarme a ver un programa de televisión? ¡Pues invíteme!

Vástago estaba absolutamente desconcertado.

De pronto, aquella mujer se había escapado, había salido disparada de la órbita de su comprensión. No la comprendía, no entendía nada. Tras parpadear miró alrededor, y se dio cuenta de que todos sus hombres le estaban contemplando en silencio, sombríos, fijamente. Sólo se oían los chasquidos de algunas de las máquinas.

—Muy bien —dijo—… ¡Ya veremos si le hace la misma gracia lo que va a ver! ¡Televisión general! —ordenó, con voz tonante.

Había un panel en el que se habían montado varias pantallas de televisión. Uno de los técnicos dio el encendido; aparecieron rayas, parásitos, y, de pronto, las imágenes. El total de pantallas era de… ocho, contó Brigitte.

Cinco de ellas recogían los otros tantos canales de la televisión francesa. Las otras tres… Las otras tres recogían imágenes exteriores desde diferentes sitios del Museo del Louvre, en París.

Vástago volvió a mirar su reloj de pulsera.

—Dentro de tres minutos tiene que aparecer Giscard D'Estaing en el primer canal —murmuró—. Si no lo hace, o bien, aunque aparezca se niega a entregarme doscientos millones de francos, usted verá cómo funcionan mis trompetas de muerte. Observe estas tres pantallas: estamos recibiendo imágenes de tres unidades de circuito cerrado estratégicamente colocadas alrededor del Louvre y trabajando con teleobjetivo. Junto a una de esas unidades de televisión, en una posición de gran visibilidad, tengo uno de mis Hertz. Puedo hacer que el disparo de sonido salga en ángulo muy abierto, abarcando mucho espacio, o bien, como un delgado haz de energía que se concentre sólo en el Louvre. Si el disparo sale en ángulo muy abierto, no sólo se desmoronará el Louvre, sino que morirán miles de personas. Si sale en haz delgado, prácticamente sólo afectará al Museo…, que quedará convertido en ruinas, en escombros. Quizá tenga usted la oportunidad de verlo…, mientras millones de franceses tendrán motivos para llorar amargamente.

Brigitte escuchaba a Vástago, pero miraba las distintas tomas exteriores del Museo del Louvre, y pensaba una sola cosa, con no poco alivio: no era hora de visita en el Museo, no había público en él. Ciertamente, la destrucción del Louvre sería una tragedia artística no sólo francesa, sino mundial; pero peor habría sido la

tragedia humana si dentro del Museo hubiese habido… ¿mil visitantes, dos mil quizá?

Se dio cuenta, de pronto, de que todo estaba en silencio, de que todos los aparatos habían dejado de funcionar, excepto el panel de televisión. Todas las personas reunidas en aquel sótano estaban atentos únicamente a la aparición del presidente de Francia en el primer canal de la televisión francesa…

—¡Dupré! —llamó de pronto Vástago.

—¡Sí, señor! —Se adelantó un hombre.

—Comunica con la unidad que maneja el Hertz: que dispongan el disparo en haz directo, por el momento.

—Sí, señor.

El llamado Dupré, uno de los técnicos, se sentó ante una consola de emisión, y procedió a la comunicación con el grupo de hombres que atendían la trompeta de muerte apuntada hacia el Louvre, impartiendo las instrucciones de Vástago. Brigitte miraba de un lado a otro, en busca de una solución…, que no parecía existir. No podía hacer nada positivo. Podía, sí, atacar a Vástago directamente, incluso matarlo de un golpe en la cabeza. Podía hacer esto, pero… ¿qué ganaría con ello? Seguramente, sería acribillada a balazos acto seguido. Y entonces ¿qué? ¿Qué ocurriría? No había público dentro del Museo, y además, Vástago había dispuesto el disparo de modo que el haz fuese directo hacia el edificio únicamente, de modo que no iban a morir miles de personas, como había amenazado, personas que pudieran hallarse a determinada distancia alrededor del Museo. ¿Y si al matar ella a Vástago el lugar de éste era ocupado por otro hombre quizá más loco que ordenaba el disparo en haz abierto, con lo que los efectos del infrasonido se extenderían… quizás en un radio de quinientos o mil metros?

—Es la hora —dijo secamente Vástago—, y el señor D’Estaing de nuevo rechaza mis condiciones. Dupré: que se preparen para el disparo.

—Sí, señor.

Baby miró de reojo a Vástago. Lo vio tenso, irritado. Pero no, no estaba loco: simplemente, era un malvado. Era una persona mala. Era otra persona mala de las muchas que había conocido… Mala y absurdamente ambiciosa, disparatadamente ambiciosa. Pensó que

esto era solamente fruto de un engreimiento personal digno de profundos estudios.

¿En razón de qué aquel hombre se quería atribuir el dominio sobre el mundo, sobre nadie…?

—Dupré: ¡disparo!

—Espere —jadeó Brigitte, sobresaltada—… ¡El reloj de usted puede estar adelantado, no pierde nada esperando un poco más, quizá todavía…!

—Cállese —espetó fríamente Vástago—… ¡Nemours, Gilbert, haced que se calle esta mujer! Dupré: ¡disparo!

Los dos guardianes, que habían permanecido alejados, se acercaron rápidamente a Brigitte, y la apuntaron al pecho con sus pistolas. La mirada de la espía fue hacia las tres pantallas en las que aparecía el Museo del Louvre. Como distante, le llegó la orden del llamado Dupré dada por la radio a los hombres que manejaban la trompeta de muerte apuntada hacia el Louvre… y de pronto, en la pantalla que mostraba la imagen de la fachada del Museo, ésta comenzó a agrietarse, y una de las columnas se resquebrajó como si fuese de simple barro seco. En la fachada apareció una raya irregular, como un delgado camino que cortaba la piedra. Una parte de la fachada cayó, alzando una nube de polvo…

En las pantallas restantes de los canales normales franceses apareció de pronto un hombre, un locutor.

—Señoras y señores: el Presidente de Francia.

No hubo más protocolo. Apareció el rostro de Giscard D’Estaing.

Brigitte desvió la mirada hacia Vástago en el momento en que éste ordenaba:

—¡Dupré, que corten el disparo!

La orden fue retransmitida rápidamente. El Museo del Louvre, considerablemente dañado en su fachada, dejó de sufrir las ondas de baja frecuencia.

La voz del Presidente de Francia comenzó a oírse, lenta, serena, nítida.

A medida que iba hablando, Brigitte Montfort iba experimentando más y más alivio: el Gobierno francés estaba aceptando las exigencias respecto al pago de doscientos millones de francos. En nombre de Francia, el señor

D’Estaing
garantizaba la entrega del dinero a quienquiera que estuviese en disposición de causar tanto daño a la Patria en caso contrario, y se ponía a disposición de esas personas para aceptar cualesquiera fuesen las condiciones de la entrega. El Gobierno, decía, anteponía la seguridad de los franceses y de sus tesoros artísticos y humanos a cualquier otro interés, por lo que…

—¡Lo hemos conseguido! —grito Vástago—. ¡Lo hemos conseguido! ¡LLEGAREMOS HASTA EL FINAL!

Su alegría se contagió rápidamente a sus hombres. En las pantallas, el señor
D’Estaing
seguía hablando, mesurado, suave, tranquilo. Allí, en el sótano de aquel castillo, ya no se le escuchaba: todos gritaban, se felicitaban, reían… Brigitte miraba de unos a otros como un distante espectador que contempla los juegos de un grupo de micos…

De pronto, Vástago la señaló.

—¡Lleváosla de aquí! —exclamó, con voz tonante—. ¡Tenemos mucho trabajo que hacer, y quiero que todo esté terminado esta misma noche! ¡Lleváosla!

Gilbert y Nemours movieron sus pistolas hacia la puerta. La espía asintió, y se dirigió hacia allí.

* * *

La puerta de su habitación-celda se abrió, aparecieron Nemours y Gilbert, y, tras ellos, sonriente, Vástago. De pie ante la ventana que se cernía a excesiva altura sobre el patio de armas, Brigitte se volvió lentamente, y se quedó mirando al jefe de las trompetas de muerte. Según sus cálculos, eran ya las nueve de la noche.

—Discúlpenos por haberla tenido tan olvidada durante estas horas —dijo alegremente Vástago—, pero realmente hemos estado muy ocupados. Dentro de poco le servirán la cena. Y posiblemente pasado mañana será usted enviada a Estados Unidos, donde ya la espera mi amigo Espectrus, ansioso de conocer a una mujer tan inteligente como yo le he descrito.

—¿Ya ha hablado con él?

—Hace unos minutos, en efecto. Gran invento el teléfono, ¿no le

parece?

—Los hay mejores.

—¡Sin duda! —rió Vástago, acercándose a ella—. Pero no hay que desdeñar ninguno, señorita Montfort,

—Supongo que no. ¿Todo va bien?

—Oh, sí… Como comprenderá, ya tenía muy bien estudiadas las condiciones para la entrega del dinero, así que el asunto va a resolverse esta misma noche. El señor
D’Estaing
lo ha aceptado…, naturalmente.

—Naturalmente… ¿Cómo se realizará la entrega?

—Usted no debe preocuparse por esas cosas…, ni por ninguna, claro está. Su destino ya está decidido. Sepa solamente que por la mañana me habré convertido en el hombre con más poder sobre el planeta Tierra.

—¿Por tener doscientos millones de francos? —Alzó las cejas Brigitte.

—¡Por tener lo que se puede comprar con parte de ese dinero! —rió Vástago—. ¡Y finalmente, lo voy a tener! Todo está preparado hace tiempo esperando tan sólo esos dispositivos que… —Se interrumpió de pronto, parpadeó, y sonrió—. Bueno, no vale la pena conversar más con usted, señorita Montfort. Solamente quería asegurarme de que todo está bien, de que mi regalo a Espectrus se encuentra en perfectas condiciones. Aparte de alimentarla, ¿puedo hacer algo más por usted?

—Sí: muérase.

Vástago quedó un instante pasmado. Luego, se echó a reír y, sin dejar de hacerlo, abandonó la habitación, en la que nuevamente Brigitte quedó sola, cerrada la sólida puerta de roble.

Capítulo VIII

Despertó de pronto, alertada por la mezcla de sonidos. Y antes había visto y oído los perros que habían soltado en el patio de armas, por lo que tuvo que desistir de descolgarse hasta éste utilizando la ropa de la cama como cuerda. La habrían despedazado los perros,

Ahora, además de los perros, oía algo más: motores de automóvil. Sin encender la luz de la habitación, se acercó una vez más a la ventana, y se apoyó en el grueso muro. Abajo no se habían encendido luces, pero distinguió el brillo de dos automóviles, y la forma de un camión o camioneta… Un camión, a juzgar por su tamaño.

La voz de Vástago llegó hasta ella. ¿Qué hora debía de ser? Calculó que entre las tres y las cinco de la madrugada. Abajo se movían muchos hombres. Estaban descargando algo del camión… Algo que debía de haberle costado a Vástago una buena cantidad de dinero. No doscientos millones de francos, ni siquiera cien, pero sí mucho dinero; un dinero que había conseguido presionando a Francia con las amenazas de sus Hertz, las trompetas de muerte. Trompetas, por otro lado, silenciosas… Silenciosas trompetas de muerte. Al menos, silenciosas para el oído humano.

No hacía falta tener la privilegiada inteligencia de Brigitte para comprender que lo que estaban descargando estaba relacionado con los Hertz de Vástago. Desde luego, no podían ser tubos de tres metros de diámetro y cincuenta metros de largo, aunque llegasen por secciones. ¿Podían ser los sistemas eléctricos que producían el infrasonido inferior a 1 Hz? Y si era esto… ¿significaba que, efectivamente, Vástago disponía ya de los tubos? Absurdo. ¿Qué estaba tramando realmente aquel mamarracho?

La actividad en el patio duró más de una hora. Luego, el camión se fue. Los dos coches, no; éstos se quedaron abajo, en el patio de

armas. Regresó el silencio. Brigitte volvió a tenderse en la cama, y continuó sopesando los riesgos del plan que había concebido. Bueno, en definitiva, los riesgos eran siempre los mismos: la pérdida de la vida. Si el plan funcionaba, Vástago estaba perdido.

Si el plan le fallaba, ella moriría…

Y si no hacía nada, sería «obsequiada» al tal Espectrus, mientras Vástago proseguía con sus planes que, dentro de poco, comenzarían con su coronación como Emperador de Francia…

—Cretino de los demonios —masculló la agente Baby—… ¡Te voy a enseñar algo que desconoces!

* * *

Hacia las diez de la mañana, cuando hacía más de una hora que Brigitte había desayunado, Vástago la visitó en su habitación, acompañado de Gilbert y Nemours. Su aspecto era fatigado, estaba sin afeitar… y llevaba el mimo traje del día anterior.

—Muy bien —dijo, con tono impaciente—, ¿qué es eso tan importante que tiene usted que decirme? Le ruego que sea breve, pues estoy muy cansado.

—Podemos hacer un trato —murmuró Brigitte.

—¿Un trato usted y yo? ¿Qué clase de trato?

—Puedo poner a su disposición, en menos de veinticuatro horas, hasta mil millones de dólares.

No sólo Nemours y Gilbert, sino el propio Vástago, quedaron estupefactos. El último soltó un gruñido.

—¿Está bromeando?

—No. Mil millones de dólares, la colaboración de todos los agentes de la CIA, y quizás otros dos mil espías de todas las nacionalidades; además, los ejércitos de por lo menos seis países cuyos gobiernos tienen una deuda personal conmigo. ¿Le sirve esto para iniciar sus sueños imperiales?

—Está loca… ¡Verdaderamente, está usted loca! ¿Quién demonios se ha creído que es? ¡Es sólo una periodista, una… mujer!

Brigitte alzó la barbilla altivamente.

—Puede tomarlo o dejarlo —replicó.

—Está loca —insistió Vástago—… ¡Ha estado soñando! Pero, además, ¿para qué quiero yo todo eso, si dentro de poco dispondré

de todo el mundo? ¡Vamos, señorita Montfort, no me haga perder el tiempo! ¿Desea alguna cosa más?

—¿No acepta?

—¡Claro que no! ¡Y como vuelva… eeeeh…!

El grito lo lanzó Vástago cuando Brigitte se abalanzó furiosamente contra él, gritando de rabia. Furiosamente…, y torpemente, considerando todas sus posibilidades. Baby podía haber matado allí mismo, de un golpe, a Vástago, pero, en lugar de eso, de aplicarle un *atemí* de judo o un golpe de karate, se abrazó a él, lo derribó, cayeron ambos al suelo, en un furioso y desmañado abrazo…

—¡Quitádmela de encima! —gritó Vástago—. ¡Quitadme de encima a esta idiota, maldita sea su…!

Mientras gritaba, golpeó a Brigitte en el vientre, y acto seguido en el pecho. Brigitte aulló de dolor, pero no cejó en su ataque, abrazándose a Vástago como si de ello dependiera su vida… Un par de veces, sus uñas rozaron el rostro del hombre, intentó morderlo, golpearlo… Pero, pasada la sorpresa inicial, Gilbert y Nemours se lanzaron sobre ella, la asieron de los brazos, y la separaron de Vástago de un violento tirón. Vástago se puso rápidamente en pie, y se quedó mirando a la mujer con ojos desorbitados por la furia, mientras ella se debatía furiosamente en brazos de los dos vigilantes, cerrados los puños con rabia, gritando, insultando a Vástago… Éste se adelantó, y propinó una tremenda bofetada en pleno rostro de la espía. Ésta dejó de gritar en el acto, se quedó mirando aterrada a Vástago, y, de pronto, se echó a llorar.

—Le juro que está loca —insistió de nuevo Vástago, jadeando—… ¡Y si no fuese porque ya he llamado a Espectrus anunciándole su llegada a Estados Unidos, la mataba ahora mismo, estúpida! ¿Qué esperaba conseguir contra un hombre como yo?

La respuesta de Brigitte fue arreciar en su llanto. Gilbert y Nemours estaban desconcertados; posiblemente, no tenían una mente tan brillante como la de su jefe, pero su reacción era más adecuada que la de éste, pues mientras Vástago se limitaba a considerar estúpida a aquella mujer, ellos, simplemente, no comprendían aquellos cambios en la actitud de ella. No tenían sentido…

—Dejadla —dijo Vástago—. Aseguraos de que queda bien

encerrada, pero que no le falte de nada hasta el momento del viaje. ¡Vamos, dejad ya a esta estúpida!

Los dos hombres la soltaron, y Brigitte se dejó caer al suelo, sollozando… Pese a sus sollozos, oyó perfectamente cómo la puerta era cerrada. Entonces, alzó la cabeza, y se quedó mirando sonriente la puerta. Luego, muy despacio, colocó ante su rostro el puño derecho, lo abrió, y se quedó mirando el pequeño y blanco envoltorio. Lo abrió, y el pequeño emisor que funcionaba con el simple calor del estómago, apareció ante sus ojos. ¿Cuánto tardaría Vástago en darse cuenta de su jugada, de que la histérica lucha había tenido como objeto sólo llegar al cuerpo a cuerpo con él para «robarle» el emisor que había cometido la imprudencia de no destruir?

Brigitte Baby Montfort se tragó el emisor de señales. El calor de su cuerpo lo activaría.

La pregunta era: ¿cuánto tardarían, a su vez, sus Simones, en percibir la señal?

¿Una hora, dos, cinco…, un día?

* * *

Relajado por el baño caliente, recién afeitado, con olor a loción, Vástago terminó de vestirse frente al espejo de su habitación. Apenas había dormido aquella noche, pero ya se sentía tan fresco como si lo hubiera hecho. ¡Ya tendría tiempo de dormir!

—¿Alguna objeción, André? —preguntó.

Su ayuda de cámara, su «valet», sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—Ninguna en absoluto, señor: impecable, como siempre.

—Eso es: impecable. Siempre hay que dar la sensación de perfección, de energía, de seguridad. Sobre todo, cuando todavía se necesitan los servicios de unos cuantos imbéciles… ¿Me están esperando?

—En el salón, señor. Y si me permite decirlo, ya les debe de estar pareciendo muy largo el aperitivo mientras le esperan para almorzar.

—Tranquilo, André. Ahora ya tengo todo lo que quería tener, lo que significa que soy definitivamente el más fuerte. Mis… socios

tendrán que acostumbrarse a esperarme, a obedecerme…, y cuanto antes se acostumbren, mejor… para ellos.

—Por supuesto, señor.

Vástago dejó de admirarse al espejo, fue a donde estaban las cosas que había llevado en el traje usado el día anterior, y comenzó a colocarlas en los bolsillos del elegido para aquel día: billetera, llavero, encendedor, pitillera… Se estaba poniendo el reloj de pulsera cuando vio a André dispuesto a salir, con el otro traje.

—¿Adónde vas con ese traje? —masculló.

—A cepillarlo y plancharlo, señor, naturalmente.

—Todavía hay algo en un bolsillo interior de la chaqueta: un pequeño envoltorio blanco. Dámelo.

—No hay nada, señor. Todo cuanto había en este traje lo he puesto sobre la mesita.

Vástago lo miró con señorial irritación, se acercó, y tomó la chaqueta de manos de su ayuda de cámara.

—Cuando yo te digo que hay algo todavía, es que… —No dijo nada más.

Buscó en todos los bolsillos, palpó la chaqueta, registró los pantalones, los palpó, repasó de nuevo ambas prendas…

Ante él, André le observaba impasible. Y vio perfectamente cómo de pronto su jefe palidecía.

—Esa hijaputa —jadeó Vástago—… ¡Esa hijaputa de los demonios! ¡Ve a decirles a Gilbert y Nemours que me traigan aquí a la prisionera inmediatamente! ¿No me has oído? ¡Deprisa!

* * *

La puerta de la habitación se abrió, y aparecieron Gilbert y Nemours, pistola en mano.

—Venga —dijo el primero—: el jefe quiere verla. No sé qué habrá hecho usted esta vez, pero me parece que lo va a pasar muy mal.

Brigitte, tendida en la cama, se había vuelto hacia la puerta, «asustada». Y todavía pareció «asustarse» más al oír las palabras de Gilbert. Se encogió en la cama.

—No —lloriqueó—… ¡No quiero ir con él, no!

Nemours y Gilbert se miraron, de nuevo desconcertados. No entendían a una mujer que horas antes parecía tan firme y ahora se mostraba asustadiza, llorosa… Pero no se entretuvieron en analizar más a fondo la cuestión, sino que se acercaron a la cama. Nemours la asió de un brazo, y a viva fuerza arrancó a Brigitte del lecho.

—¡Vamos, no sea idiota! —Gruñó—. ¡Si él quiere…!

El rodillazo en los testículos casi mató a Nemours. Fue un golpe tremendo, espantoso, que lo hizo enmudecer, palidecer y saltar, todo a un tiempo, desencajado el rostro, sintiendo en los genitales como si una lanza ardiente los penetrara y subiera vientre arriba…

Pero fue una sensación breve, porque todavía en el aire, perdió el conocimiento. Y todavía no había rebotado contra el suelo, encogido aún, cuando Gilbert recibía en pleno pecho, sobre el corazón, el fortísimo *ura tsuk*i de karate, propinado por aquel pequeño puño que a tantos y tantos canallas había sorprendido; un puño de acero, que paralizó instantáneamente el corazón de Gilbert; en una fracción de segundo, mientras caía fuertemente impulsado hacia atrás, Gilbert pasó de la vida a la muerte.

Brigitte se inclinó, recogió la pistola de Nemours y acto seguido la de Gilbert, y se acercó a la puerta, rápida y silenciosa. El juego había terminado, Vástago se había percatado ya de que ella había vuelto a tragar el emisor…, y seguramente, esta vez no se limitaría a hacerle ingerir un vomitivo. Detendría…, o querría detener el funcionamiento del emisor por un procedimiento más rápido: el frío. Es decir, la muerte de la prisionera.

Pero la prisionera ya no era la mansa gatita cuando apareció en el amplio pasillo, armada de dos pistolas, llamativa con su larga cabellera, su «mono» rojo… Y André, que esperaba en el pasillo frente a la puerta del dormitorio de su jefe, lo comprendió, y palideció, al tiempo que su mano derecha se introducía bajo la chaqueta.

Plop, disparó Baby. Sin piedad alguna.

Todavía estaba André saltando piernas arriba, muerto del balazo recibido en pleno corazón, cuando ya Brigitte Montfort descendía a toda prisa la amplia escalinata. En el aire resonaba el alarido de muerte de André…, y casi enseguida, resonó el grito de Vástago arriba. Brigitte, que estaba ya al final del tramo, volvió la cabeza, su ceño se frunció…

¿Él estaba arriba? Giró, dispuesta a regresar para matar a Vástago, pero sus pies quedaron como soldados a los escalones al oír la voz en alguna parte del enorme vestíbulo:

—¿Qué pasa…?

Se volvió de nuevo.

Dos hombres salían del salón, la estaban mirando estupefactos… Por detrás de ellos aparecía otro hombre. La voz de Vástago, aullante, se acercaba a la parte alta del tramo de escalones.

Brigitte apuntó hacia los hombres que salían del salón, y disparó rápidamente. Uno de los hombres lanzó un aullido, y salió despedido hacia atrás, chocando con los otros, haciéndoles retroceder…

—¡Matadla! ¡MA-TAD-LA! —Oyó por encima de ella.

De nuevo se volvió. Vástago la estaba señalando, enloquecida su expresión. La pistola que empuñaba Brigitte con la diestra se alzó.

Plop, chascó el disparo un instante después de que Vástago saltase hacia atrás.

—¡MATADLAAAA…!

Brigitte corrió hacia el fondo del vestíbulo, paralela al tramo de escalones. Encontró una puerta, la abrió, y cruzó el umbral. Un pasillo. Corrió por éste, mirando a los lados, en busca de una salida. Pero no… ¡No le convenía salir del castillo, afuera estaban los perros, que serían soltados! ¿Cuántos debía de haber? No menos de ocho o diez… Ni con la mayor suerte del mundo podría matarlos a todos antes de que llegasen hasta ella. Ni con su gran suerte de siempre podría conseguir esto…

Vio una puerta a la derecha, la empujó, entró… Otro pasillo. Cerró la puerta. Corrió por el pasillo. Otra puerta. Escalones descendentes. Se lanzó por ellos. Sabía perfectamente que se estaba encerrando en una trampa de piedra, pero no podía hacer otra cosa, no podía hacer más que ganar tiempo, esconderse en el último rincón del castillo, para que el emisor continuara funcionando… Tiempo. Éste era el factor decisivo: tiempo. No tenía por qué plantar batalla, no tenía por qué hacer nada, salvo seguir viviendo, proporcionando al emisor él calor de su estómago…

Se detuvo en seco. ¿Y si ya no funcionaba…? ¡Oh, sí, sí que debía de funcionar, porque de otro modo Vástago se lo habría tomado con más calma!

¡Claro que funcionaba, claro que estaba funcionando hacía no menos de dos horas!

El suelo pareció desaparecer bajo los pies de Brigitte. Pero enseguida llegó a él, en fuerte golpe. Quiso ponerse en pie, pero todavía rodó un par de metros más. Una rampa descendente. Ya no sabía dónde estaba, pues en aquella parte la oscuridad era total. Fue bajando cautelosamente por la rampa. De nuevo el plano horizontal. Caminaba ahora despacio, tanteando la pared de su izquierda. La mano chocó con algo, la pistola se escapó de sus dedos y sonó con fuerza contra el suelo. El sonido se extendió lúgubremente por el pasadizo, que parecía no tener fin.

—Dios… ¿Dónde estoy?

Se inclinó, tanteó el suelo en busca de la pistola… Una luz apareció tras ella, de pronto; una voz llegó, nítida, retumbante al mismo tiempo:

—¡Allí está!

Echó a correr, desistiendo de encontrar la pistola. Todavía tenía una, aunque sólo le quedasen seis balas… Sí, seis. Los pasos resonaban tras ella, habían aparecido más luces… Un par de balas crujieron por encima de su cabeza, despertando ecos blandos, como mojados, como dormidos. Se volvió, alzó la mano armada, y disparó contra las siluetas que se recortaban al fondo del pasadizo.

Plop, plop, plop.

Oyó los gritos de dolor, un par de luces se apagaron. Continuó corriendo, a ciegas ahora. Una luz apareció de pronto ante ella y a su derecha. Pareció un rayo dorado, que la alcanzó de lleno.

—¡Aquí está, aq…! Plop.

Otro grito de hombre. Brigitte corrió hacia allí, hacia donde estaba la linterna caída en el suelo, junto al hombre muerto. Por un instante, quedó atónita al identificarlo: era Nemours. ¿Cómo había podido llegar hasta allí, adelantarla…? Que se hubiese recuperado era admirable, pero admisible. Pero ¿cómo había llegado Nemours allí?

—¡Nemours! ¿La tienes? —Llegó la voz de Vástago.

¡También él estaba ya allí!

Brigitte agarró la linterna con la mano izquierda, iluminó aquel pasillo, apagó la linterna, y echó a correr. Por suerte, ahora no llevaba zapatos de tacón alto, sino gruesas botas de motorista.

Resonaban mucho, pero no era fácil perder el equilibrio con tal calzado.

—¡Aquí está Nemours! —Oyó, retumbante la voz, que parecía llegar de todas partes—. ¡Está muerto!

Continuó corriendo, corriendo, corriendo… Tenía la sensación de que recorría varias veces los mismos pasadizos; no podía ser de otro modo. Más luces. Siluetas de hombres.

Plop, plop…, clic, clic…

La exclamación de Brigitte se confundió con los gritos de dolor de los hombres a los que había acertado: ¡se le habían terminado las balas!

«—Tengo que encontrar un lugar donde esconderme, no puedo seguir corriendo por estos pasadizos, acabarán por cazarme…».

Con no poco sentido del humor y buen espíritu, pensó que aquella dislocada fuga hacia no sabía dónde, estaba haciendo subir la temperatura de su cuerpo, con lo que el emisor funcionaría todavía mejor. Chocante. El emisor quizás estuviese funcionando mejor, pero ella se estaba agotando, llevaba rato corriendo de un lado a otro, viendo siluetas, luces, oyendo pasos, voces, gritos de advertencia. Pudo esquivar en varias ocasiones a los hombres que la buscaban, pero volvían a aparecer una y otra vez, le disparaban… La transpiración estaba empapando ya todo su cuerpo, el «mono» se adhería a la piel…

Ya no sabía dónde estaba ni hacia dónde corría ni cuánto tiempo llevaba haciéndolo.

Y de pronto, chocó contra algo durísimo, que lastimó su nariz, frente y barbilla, y la derribó sentada. Encontró rápidamente la linterna, la encendió un instante lanzando el haz de luz hacia delante.

Una pequeña puerta.

Se puso en pie. La puerta se veía diminuta en el gran paño de pared. El pasadizo se ensanchaba allí. Probó a abrir la puerta, pero no pudo lograrlo. Imposible. Dirigió la luz hacia un lado y otro. Y vio el hueco en la pared. Iluminó su interior. Se quedó sorprendida al ver lo que parecía la puerta de una pequeña caja fuerte. ¿Una caja fuerte allí? ¡Qué absurdo…!

Apagó la linterna, buscó el dial de la combinación, y comenzó a moverlo, suavemente. El sudor chorreaba por todo su cuerpo en una

abundancia jamás antes experimentada. Se sentía agotada, acorralada, perdida…

Oyó el chasquido a su izquierda. Encendió de nuevo la linterna, e iluminó la puerta…, que estaba abierta ahora. Una puerta que se abría con combinación idéntica a la de una caja fuerte. Bien: ¿acaso no podía ser una caja fuerte lo que había tras aquella puerta?

La empujó, dirigiendo hacia delante el haz de luz.

Era una amplia estancia en la que se veían una sucesión de aparatos eléctricos, de los que salían gruesos cables. Nunca había visto nada igual… Y de pronto, vio los tres túneles. Cerró la puerta, y se acercó a ellos.

No eran túneles corrientes, de piedra. Eran túneles cilíndricos y metálicos, de unos tres metros de diámetro, colocados uno junto a otro. Dirigió la luz hacia el fondo… El túnel debía de tener más de cincuenta metros de longitud, y descendía con una inclinación no menor a los cuarenta y cinco grados, como un extraño pozo, hacia el fondo, hacia el fondo, hacia el fondo…

—No… ¡No! —exclamó Brigitte, aterrada—. ¡NO!

—Sí —dijo la voz de Vástago, en alguna parte—… ¡Sí, señorita Montfort! ¡Sí!

Giró hacia donde le pareció que había sonado la voz. Entre dos instalaciones eléctricas estaba Vástago. Tras él, una estrecha abertura en la pared que parecía de roca…, pero que allí no lo era. Vástago echó la mano hacia atrás, tocó algo, y la pared se cerró tras él. Se adelantó hacia Brigitte, sin dejar de apuntarla con la pistola.

—Está usted, señorita Montfort, en el corazón de la gran bestia rugiente… ¿Trompetas de muerte? ¡Tonterías! ¡Estamos en el corazón del monstruo que puede acabar con el mundo! Todo lo que usted ve a su alrededor, instalado esta noche pasada, convierte este lugar en el corazón de la bestia rugiente. Aunque la verdad es que todavía no he comprobado si funciona… Sin embargo, no creo que haya problemas: esos tres tubos que ve usted llevarán hacia el centro del planeta un… rugido que lo hará estallar. Se lo advertí, ¿recuerda? ¡Puedo hacer saltar el mundo en pedazos!

—Escuche… Cálmese. Todavía no tiene por qué hacer…

—No lo entiende —movió la cabeza Vástago—… ¡No lo entiende usted, maldita sea! ¿Por qué cree que he venido aquí? Este lugar, al que nunca creí que usted pudiese entrar, ni siquiera por la

puerta normal de combinación, es mi último recurso. Todo estaba preparado, tenía convencidos y controlados ya a mis socios, me bastaba saber que disponía de este lugar para amenazar al mundo… ¡Lo habría conseguido todo, por fin! Pero… ¿qué ha sucedido? ¡Ha sucedido que por culpa de usted, perra maldita, hay docenas de helicópteros sobrevolando mi castillo hace unos minutos, y cientos de hombres ocupándolo completamente! ¡Usted ha sido la causante de esto! ¡Usted va a ser la causante de que el planeta Tierra se abra como una fruta bajo el rugido de mi bestia!

—No sea loco… Mire, sólo tiene que entregarse, y yo le garantizo…

—¿Entregarme? ¿Entregarme? ¿Entregarme YO? ¡Usted sí que está loca! ¡Jamás cederé! ¡Nunca podría consentir que este planeta fuese de alguien ajeno a MÍ! Y como por culpa de usted eso ya no va a poder ser… ¡lo voy a DESTRUIR! El bramido de mi bestia va a llegar hasta el centro de la Tierra: provocará grietas, simas interiores, reactivará volcanes, incendiará depósitos de petróleo, de gases… ¡El mundo ha terminado por culpa de usted, señorita Montfort! Y puesto que así es, usted terminará con el mundo. Le tengo reservada una muerte… muy adecuada. La muerte que usted merece: ¡salte a uno de esos tubos! ¡Salte, le digo!

Hacia donde pretendió saltar Brigitte fue en dirección a Vástago, pero éste adivinó su intención, y disparó. El escorzo que tuvo que hacer Brigitte para apartar su cuerpo de la línea de tiro favoreció los deseos de Vástago: la espía quedó en el borde mismo del tubo de acero, osciló hacia delante y hacia atrás, manoteó desesperadamente…, y cayó hacia atrás. Rodó un par de veces. Luego se deslizó hacia abajo como por un tobogán, hacia la profunda oscuridad de la enorme trompeta de muerte.

No se lastimó en absoluto al llegar al fondo. Simplemente sus pies tocaron tierra, y se detuvo.

Arriba, en un diminuto círculo de luz, apareció la cabeza y hombros de Vástago. Llegó su voz:

—¡Señorita Montfort! ¿Está viva?

Brigitte no contestó.

—¡Está bien, no me importa! ¡Esté viva o esté muerta, ése es su destino! ¡Va a reventar como un globito!

La silueta desapareció en lo alto. Brigitte ni siquiera se concedió

un instante para el desespero: intentó subir por el reluciente y fino tubo, escalar aquella lisa pendiente, pero era imposible… ¡Completamente imposible! Una y otra vez, sudando como nunca en su vida, convertida en una esponja, Baby ascendía apenas un par de metros y volvía abajo, rechinando las botas en el acero… Todo su cuerpo resbalaba una y otra vez. Menos las manos, pegajosas de sudor…

Las manos.

La pegajosidad del sudor.

Brigitte contuvo una exclamación en la que vibró su miedo, su última esperanza. Se quitó las botas, y el «mono»… Completamente desnuda, aplastó sus pechos contra la lisa superficie metálica, clavo los pulgares de los pies en el acero, pareció que sus manos quisieran hundirse en la lisa superficie, y desplazó su cuerpo hacia arriba, con lento y hábil movimiento… Volvió a resbalar. Sudaba demasiado. Demasiado.

Recogió el «mono», y se frotó enérgicamente todo el cuerpo. Cuando terminó, le pareció que toda ella era como de goma áspera.

Intentó de nuevo la ascensión, aplastado todo su cuerpo contra el acero. Medio metro. Un metro. Dos metros… ¡Cuatro, cinco, seis metros…!

—¡Señorita Montfort, no se impaciente…! ¡Pronto emprenderá su último viaje!

Vástago debía de estar poniéndolo todo a punto, por fortuna, debían de quedar detalles por ultimar en los dispositivos… Diez metros, quince, veinticinco, treinta y cinco… ¡Oh, no! ¡Volvía a sudar copiosamente, iba a resbalar de nuevo hacia el fondo! Se detuvo. Con una sola mano, frotó su cuerpo como pudo, por la parte delantera, escurriendo el sudor. Luego, prosiguió la ascensión… ¿Cuánto le quedaba para llegar al borde? Seis metros, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡ya estaba…!

En el momento en que su mano derecha se asía al borde del tubo, Vástago aparecía de nuevo, inclinado.

—¡Señ…! ¡Ah, está aquí! —Se echó a reír Vástago—. Bueno, así me oirá mejor: ¡todo está en marcha! ¡Se ha iniciado la cuenta atrás! ¡Quinientos segundos! ¡Cuatrocientos noventa y nueve segundos! ¡Cuatrocientos noventa y ocho segundos…! ¿Comprende? Pero usted no debe estar aquí… ¡Vuelva abajo!

Habían estado mirándose fijamente. Vástago, ahora sin arma alguna en las manos, adelantó éstas hacia la cabeza de Brigitte, para empujarla hacia abajo… Pero las manos de la espía agarraron sus muñecas, dieron un fuerte tirón…

—¡NOOOOO…! —aulló Vástago, comenzando a rodar tubo abajo.

Y tras él, la espía internacional, irremisiblemente. El impulso de su cuerpo era excesivo, no podía detenerse, no tenía donde agarrarse. Sin dejar de gritar Vástago, serena y fría la espía, los dos llegaron al fondo del tubo, cayendo Brigitte sobre el hombre, que seguía aullando como un loco, y que se revolvió, se abrazó a ella como una fiera, sus manos buscaron su garganta… Un golpe doble apartó las manos de Vástago del cuello de Brigitte, que se puso en pie de un salto.

—¡No saldrás de nuevo de aquí! —gritó Vástago—. ¡No te permitiré que detengas mi rugido!

—Lo vamos a ver —jadeó Brigitte—… ¡Vamos a ver si eres superior a mí en todo!

No lo era. En nada.

Un solo golpe, en la frente, fulminó a Vástago, muerto instantáneamente. Luego, la agente Baby miró hacia arriba, desesperada… ¿Cuántos segundos debían de faltar para que rugiesen las trompetas de muerte?

Este es el final

—¿Y cuántos faltaban, cuántos? —saltó Minello en el asiento—. ¡Zambomba, dinos cuántos!

—Diecinueve —sonrió Brigitte Montfort, bellísima como nunca, sentada en el centro del sofá, en el salón de su apartamento—... Diecinueve segundos faltaban cuando detuve aquel infernal mecanismo, Frankie. ¡Tendrías que haberme visto, desnuda, cubierta de sudor como si saliese de un baño turco...!

—¡Pero lo detuviste! ¿Eh? ¡Lo conseguiste!

—Frankie: si no lo hubiese conseguido, tú y yo no estaríamos aquí ahora.

—¡Zambomba! ¡Por diecinueve segundos! ¡Waaahooo...!

—¿Y qué más? —preguntó Miky Grogan—. ¿Qué más pasó?

—Pues que mis Simones y los muchachos de *Monsieur* Nez ya eran dueños del castillo cuando yo salí de allí, así que...

—¿Desnuda? —exclamó Minello—. ¿Saliste desnuda?

—Hombre, ¡si te parece iba a bajar otra vez por aquel tubo para recoger un «mono» empapado en sudor! —exclamó a su vez Baby.

—Claro, tienes razón... ¡Claro! Bueno, ¿y qué? ¿Quién era aquel tipo, qué pasó con sus compinches...? ¡Zambomba, termina de explicarlo todo, ¿quieres?!

—*Monsieur* Nez se hizo cargo del asunto, puesto que todo sucedía en Francia. ¿El nombre de aquel sujeto? Lo he olvidado.

—¡Eso no es posible!

—No —rió Brigitte—, pero queda mejor así. ¿Qué nos importa un malvado más o menos, Frankie? ¿Acaso no es mejor ignorar la maldad? Lo que importa es que todo quedó desbaratado, y que no sonarán las trompetas de muerte en nuestro planeta... por ahora. Porque has de saber, Frankie, que Vástago no era el único en tener trompetas de muerte, y en cuanto a maldad... Bueno, tampoco era ni es único. De modo que no nos compliquemos la vida..., y

vivámosla… mientras nos dejen.

—Me parece que tienes razón. Lo que debemos hacer ahora… ¡Un momento! ¿Y ese tipo, el tal Espectrus, el amigo de Vástago? ¡No sabemos nada de él!

—¡Bah! ¡Seguramente, era otra de las chifladuras de Vástago! Como comprenderás, Frankie, no puede haber en el mundo nadie que se llame Espectrus…

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Enigma* < <

[2] Nueva alusión a la aventura *Enigma*. <<

[3] Véase la aventura titulada *El asesinato del siglo*. < <